

CRISTIANIDAD



SANTIAGO EL MAYOR

¿Has pensado en aprovechar el tesoro de gracias e indulgencias que la Iglesia nos ofrece en este Año Mariano?

¿AQUELLOS JOVENES DE AYER...

Jóvenes, entusiastas y llenos de confianza en sí mismos, no estaban bastante preparados para afrontar sin peligro los problemas sociales a que los arrastraba su actividad y la bondad de su corazón...

Lea
NUESTRO PROXIMO NUMERO

Su sueño consiste en querer cambiar los cimientos naturales y tradicionales de la sociedad humana y en promover una ciudad futura edificada sobre otros principios que se atreven a declarar más fecundos...

Se proponen el mejoramiento y regeneración de las clases obreras. Mas sobre esta materia están ya fijados los principios de la doctrina católica...

Los verdaderos amigos del pueblo no son revolucionarios ni novadores, sino tradicionalistas. La cuestión social y la ciencia social no nacieron ayer...

Lea
NUESTRO PROXIMO NUMERO

Lea
NUESTRO PROXIMO NUMERO

O rehusan oír a la Iglesia, o se forman de la justicia y de la igualdad un concepto que no es católico... El soplo de la Revolución ha pasado por ahí

...NO SIGUEN SIENDO CIERTOS JOVENES DE HOY?

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SUMARIO

EDITORIAL

En el Año Santo Compostelano, por F. C. V. (págs. 231 y 232).

PLURA UT UNUM

Santiago, meta de la Cristiandad, por Pablo López Castellote (págs. 234 y 235).

El Apóstol, peregrino de las Españas, por T. Montero, O. M. I. (págs. 236 y 237).

Lo que encuentra un peregrino en Santiago el día que llega, por María Asunción López, (págs. 238 y 239).

Don Diego Gelmírez, primer Arzobispo de Santiago, por A. J. Martín Duque, (páginas 240 a 242).

Semblanza del peregrino, por P. Anselmo de Legarda, O. M. (págs. 242 y 243).

De la traslación y descubrimiento del cuerpo de Santiago (pág. 244).

La Orden Militar de Santiago (pág. 245).

A Santiago, Oda de Fray Luis de León (página 246).

San Francisco, peregrino, por Avelino Gómez Ledo (pág. 246).

COLABORACION

La dialéctica de Jesucristo, por José L. Micó Buchón, S. I. (págs. 248 a 250).

EL BIELDO Y LA CRIBA

Un caso de conciencia literario, por Arturo M. Cayuela, S. I. (págs. 251 a 253).

DE ACTUALIDAD

Triunfo revolucionario en Ginebra, por José-Oriol Cuffi Canadell, (págs. 254 a 256).

Crónica política del mes, por Shehar Yashub (págs. 256 a 258).

ANEXOS

Discurso de S. S. el Papa a los participantes en el III Congreso de los Radiólogos y Electrólogos de Cultura Latina y el XVIII Congreso de la Sociedad Italiana de Radiología Médica.



En el Año Santo Compostelano

La celebración durante el presente año del jubileo del Apóstol Santiago, por una gracia ocho veces centenaria y reiteradamente ratificada por los Pontífices romanos, hacía oportuno que CRISTIANDAD dedicase el presente número a algunos temas relacionados con la secular devoción al Apóstol patrón de España. Al hacerlo no quisiéramos caer de ningún modo en tópicos de un sentimentalismo vacío, ni tampoco, por otra parte, dar pie a que se extienda la tendencia de quienes, con el pretexto de conciliar "los entusiasmos patrióticos y religiosos" con la honradez científica, han presentado hipótesis por las que se viene abajo casi por completo todo el edificio de las tradiciones referentes al sepulcro del Apóstol.

Quisiéramos en este aspecto contribuir a elevar los puntos de vista y a hacer sentir al lector cómo en todo cuanto se refiere a tales problemas debe buscarse y hallarse algo más serio que la satisfacción de un ilusionado sentimentalismo. Y para conseguir esta elevación nos parece que lo más adecuado será el insistir sobre un hecho insuficientemente conocido y tal vez demasiado olvidado en medio de las eruditas discusiones que sobre el tema de Santiago se han suscitado: Nos referimos a la aprobación y ratificación con que León XIII en sus Letras apostólicas "Deus omnipotens" de 1884, confirmó la sentencia de autenticidad de las reliquias del Apóstol Santiago y de sus discípulos dada por el entonces Arzobispo de Compostela, Cardenal Payá. He aquí los fragmentos centrales de este documento:

"Cuando hace unos años el actual Arzobispo de Compostela, nuestro Venerable Hermano el Cardenal de la S. I. R. Payá y Rico, emprendió obras de restauración de la Basílica, tomó una determinación que desde mucho tiempo venía madurando: la de buscar el sitio en que estaban las reliquias de Santiago y de sus discípulos Atanasio y Teodoro. Eligió para empresa de tanta importancia a varones muy competentes constituidos en dignidad eclesiástica y les encomendó la dirección de las obras. Mas el resultado no correspondió en principio a la esperanza de todos; porque, después de explorar todo el hipogeo y los subterráneos que hay en torno del Altar mayor, nada se halló. Por fin, allí donde con más devoción iban pueblo y clero a orar, es decir, en el centro del ábside, detrás del Altar mayor y delante de otro altar trasero, se excavó el pavimento y, después de ahondar dos codos, tropezaron los obreros con un arca, en cuya cubierta se veía grabada una cruz. El arca estaba hecha con piedras y ladrillos sacados de la cripta y del sepulcro antiguo. Levantada la cubierta en presencia de testigos, se encontraron huesos pertenecientes a tres esqueletos de sexo masculino.

"Nuestro Venerable Hermano el Cardenal Arzobispo de Compostela, conforme a las prescripciones del Concilio de Trento, oído el consejo de hombres doctos y piadosos y el parecer de peritos sobresalientes, instituyó un proceso inquiriendo si constaba o no que las reliquias halladas correspondían a los cuerpos de Santiago el Mayor y de sus dos discípulos Atanasio y Teodoro. Examina-

do todo según las reglas de la disciplina eclesiástica y juzgado con sagacidad, resolvió la cuestión afirmativamente.

Después Nos remitió todo el Expediente y su sentencia y Nos pidió con instancia que confirmásemos tal Sentencia con la suprema decisión de nuestra Autoridad Apostólica. Nós acogimos la súplica con benevolencia, y sabiendo muy bien que el sepulcro venerable de Santiago el Mayor puede contarse entre los Santuarios más célebres que los cristianos veneran en todo el mundo y frecuentan con peregrinaciones religiosas en cumplimiento de promesas; que, además, ha sido enriquecido con honores y privilegios por Constituciones de nuestros Predecesores Pascual II, Eugenio III, Anastasio IV y Alejandro III, quisimos que en negocio de tanta magnitud se emplease toda la diligencia que acostumbra la Sede Apostólica. Para ello, designamos algunos Cardenales de la S. I. R. pertenecientes a la Sagrada Congregación de Ritos,

"En reunión habida en nuestro Palacio Vaticano el 20 de mayo último, después de someter todos los datos a examen severísimo, se respondió: "Dilata et ad mentem". La mente fué que se estudiásemos más detenidamente algunas dificultades de mayor gravedad.

"Para lograrlo con presteza, ordenamos a nuestro amado Hijo el Doctor Agustín Caprara, Promotor de la Santa Fe, que se trasladase a Compostela, y que sobre el lugar lo inspeccionase todo, hiciese las averiguaciones necesarias y finalmente informase. En efecto, oyó a los testigos, previo juramento; esclareció algunas contradicciones que parecía haber en sus relatos; recogió la opinión de expertos arqueólogos, historiadores y anatomistas de Madrid y de Compostela; revisó los restos del antiguo sepulcro y los comparó con los materiales que forman el arca que contiene las reliquias; miró el punto bajo el ábside donde éstas fueron encontradas y, por fin, consultó nuevamente a médicos peritos sobre cada parte de los sagrados huesos. Vuelto a Roma, terminó la misión que se le había confiado presentando una relación exacta de todo.

"Con esto se desvanecieron las dudas y se vió mejor la luz de la verdad. Reunida de nuevo la misma Comisión en el Vaticano el día 19 de julio de este año, se propuso la cuestión: si se ha de confirmar en el caso y a los efectos de que se trata la sentencia dictada por el Cardenal Arbozispo Compostelano sobre la identidad de las reliquias que se han descubierto en el centro del ábside de la capilla mayor de su Basílica Metropolitana, y que se atribuyen al Apóstol Santiago el Mayor y a sus discípulos Atanasio y Teodoro? Nuestros amados Hijos los Cardenales y los Oficiales Prelados, considerando que todo lo propuesto era tan verdadero y estaba tan probado que nadie podía rechazarlo y que, por tanto, existía sobre la causa la certidumbre que los sagrados cánones y las Constituciones de los Sumos Pontífices nuestros Predecesores exigen en estos asuntos, dieron la respuesta siguiente: "Afirmativamente, o que debe ser confirmada la sentencia".

Confirmación y publicación del Decreto de la Congregación de Ritos

"Cuando ésto Nos refirió nuestro amado Hijo Domingo Cardenal Bartolini, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, sentimos grande alegría y dimos gracias de todo corazón a Dios Todopoderoso, por haberse dignado enriquecer a su Iglesia con este nuevo Tesoro, precisamente en tiempos tan calamitosos. Por lo cual muy gustosos hemos ratificado y confirmado en todo la mencionada sentencia de la Congregación de Ritos. Además ordenamos que el día 25 de julio, fiesta del Apóstol Santiago, nuestro Decreto de confirmación fuese publicado desde el púlpito después de la lectura del Evangelio en la Iglesia de la Nación española en Roma, dedicada a Santa María de Montserrat, en presencia de Nuestro amado Hijo el Cardenal Domingo Bartolini, Prefecto de la Congregación de Ritos, y de los Doc-

tores Lorenzo Salvati, secretario, Agustín Caprara, Inquisidor de honores de los Santos, Luis Lauri, asesor, y Juan Ponzi, notario.

Confirmación más solemne del Sumo Pontífice

"Y hoy, queriendo confirmar todo lo establecido en el Decreto citado con un Documento más solemne "de la Autoridad Apostólica" y con un nuevo Acto de ratificación, siguiendo las huellas de nuestros Predecesores Benedicto XIII, Pío VII y Pío IX que "emitieron juicio" sobre la identidad de los cuerpos de San Agustín, Pontífice y Doctor, de San Francisco de Asís, de San Ambrosio, Pontífice y Doctor, y de los Santos Gervasio y Protasio, Mártires, Nós también, "acabadas todas las dudas y controversias, por ciencia cierta y 'motu proprio' aprobamos y confirmamos con Autoridad Apostólica" la sentencia de nuestro Venerable Hermano el Cardenal Arzobispo de Compostela sobre la identidad de los cuerpos sagrados del Apóstol Santiago el Mayor y de sus santos discípulos Atanasio y Teodoro, y decretamos que tenga fuerza y valor perpetuamente."

No seremos nosotros quienes pretendamos tener competencia para discutir o calificar el valor de la sentencia pontificia que parece hallarse en el párrafo que hemos subrayado. No creemos, sin embargo, inadecuado recordar, porque nos parece que no deja de tener con esto alguna relación, la enseñanza de Pío XII en la "Humani generis", según la cual, "si los Sumos Pontífices en sus actos, tratando de propósito una cuestión hasta entonces controvertida, pronuncian su sentencia, es para todos evidente que tal cuestión, según la mente y voluntad de los mismos Pontífices, no puede ya ser considerada como de libre discusión".

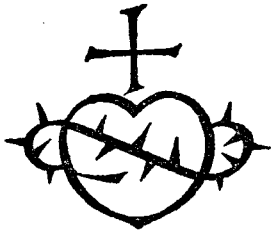
Porque aun siendo cierto que no se trata aquí de una decisión doctrinal, sino de un juicio sobre el hecho de la autenticidad de los cuerpos de los santos, no deja también de ser cierto que se trata desde luego de un hecho sobre el que los Sumos Pontífices, como recuerda León XIII, han creído en muchos casos poder pronunciar su sentencia.

En todo caso pensamos que nadie nos negará que se trata de algo bastante serio para que sea tenido en cuenta, incluso por la gente erudita y culta, temerosa siempre de dejarse llevar de "beaterías" y sentimentalismos. Para nosotros, y seguramente para otros muchos cristianos sencillos, tiene fuerza suficiente para confirmarnos en la creencia tradicional; y precisamente también para hacernos caer en la cuenta de que se trata de algo más profundo que un sentimentalismo local e incluso patriótico.

La creencia tradicional no era solamente española, sino "europea", o para no caer en un absurdo anacronismo, digamos mucho mejor, de "toda la Cristiandad". Pero además no era sólo tema popular, alimento de leyendas y estímulo de aventureras peregrinaciones, sino cristiano y eclesiástico. Y así conviene que sea la devoción española a su Patrón si queremos evitar la mala literatura en torno al tema. Para expresar concisamente lo que queremos decir, bastará tal vez recordar que quien fué allí sepultado es uno de los doce, de aquéllos que Cristo constituyó cimientos de la Iglesia, su Esposa. Su patrocinio sobre España, el que fuese aquí enviado y recibiese aquí sepultura, es, sí, señal de que "fuertemente quiso Dios a España honrar", según se dice en el viejo poema de Fernán González, pero lo es porque Santiago era uno de los "Enviados" a predicar a los pueblos, no su honra, sino el Evangelio de Jesucristo.

Ojalá que el presente Año Santo español, coincidiendo con el Año Mariano universal conmemorativo del misterio de María Inmaculada patrona de España, pueda servir eficazmente a que "Dios misericordioso quiera conceder a España la gracia para que entre tal confusión de errores, se afirme por mediación de su Patrono celeste, en la santidad de la religión heredada y en el favor de la piedad".

F. C. V.



JULIO

El cuidado espiritual de los emigrantes

«Adveniat Regnum Tuum»

Son emigrantes, no solamente los refugiados que por el miedo o por la fuerza se han visto en la precisión de abandonar su patria, sino también los que más o menos libremente han emigrado de ella para vivir en país extraño. El éxodo de muchos millones de personas crea un verdadero problema de orden pastoral. Para resolverlo, Su Santidad Pío XII, con solicitud paternal, publicó el 1.º de agosto de 1952 la Constitución Exsul Familia, en la que prescribe las normas que se han de aplicar en lo futuro respecto al cuidado pastoral entre los emigrantes.

¡Qué oportuna es esta preocupación del Papa y cuánto debemos unirnos a ella en nuestras oraciones!

En efecto, los emigrantes van a tierra extraña, viven ignorados entre personas desconocidas, no entienden el idioma, ven costumbres distintas aun en los actos religiosos. No les faltará quizás ocasión de cumplir las principales obligaciones del cristiano: oír Misa, recibir los sacramentos, aun el de la penitencia, en su idioma; pero esto no basta para conservar su religiosidad. Les faltan muchas cosas accidentales, que en esta materia valen acaso más que las principales. Porque cuando los emigrantes se ponen a comparar la vecina iglesia parroquial con aquella que dejaron en su patria y en la que vivieron desde su niñez, experimentan una sensación dolorosa como si hubieran cambiado de madre por una madrastra. En los cánticos, sermones, plegarias y funciones religiosas

echan de menos muchos detalles peculiares y, sobre todo, su lengua nativa.

Tal vez notarán que no son bien vistos por algunos feligreses inconsiderados. Esta frialdad los hace recelosos, y poco a poco dejarán de asistir al templo. Así empiezan el indiferentismo y la apostasía práctica de muchísimos emigrados. Para mantenerse fieles, necesitaban sacerdotes que les hablaran en su lengua y supieran llegarles al corazón. Están equivocados quienes opinan que los emigrados deben acostumbrarse a las nuevas circunstancias y que les basta con poder cumplir las principales obligaciones de la religión.

Se cuenta que Pío XI dijo en cierta ocasión: «El gran escándalo del siglo XX es que la Iglesia haya perdido el proletariado». ¿Por qué lo perdió? En gran parte, porque los católicos no llevaron a la práctica la CARTA MAGNA DE LA CLASE OBRERA, la encíclica Rerum Novarum de León XIII.

En la Constitución Apostólica Exsul Familia tenemos la CARTA MAGNA DE LOS DERECHOS ESPIRITUALES DE LOS EMIGRADOS. Si esas normas sapientísimas no se aplican en la realidad, es muy de temer que se repita otro escándalo parecido: la pérdida de los emigrantes.

Por lo tanto, durante este mes, pidamos ardientemente al Sagrado Corazón que en todas partes se organice el cuidado pastoral de los emigrantes de acuerdo con las normas de la Constitución Exsul Familia. ¡Se trata de muchos millones de almas!

LA FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN Y LA ARCHIDIÓCESIS DE SANTIAGO

No pudo menos de ser parte de la predicación de Santiago cuanto se refiere a la Virgen Santísima: su dignidad sin par en lo humano, sus excelsas prerrogativas, el poder de su intercesión y su amoroso interés por todos los hombres.

Estas verdades prendieron profundamente en la mente y en el corazón de nuestros mayores, que comenzaron bien pronto a rendir a la excelsa y dulcísima Señora el tributo de su más respetuosa veneración y a confiarle sus preocupaciones, seguros de encontrar en todo momento el apoyo y la ayuda necesarios.

Así nació en nuestra tierra la devoción a la Virgen Santísima, que no tardó en poner en labios de nuestros antepasados las más bellas oraciones, ni en cubrir nuestros montes y nuestros valles de ermitas dedicadas a su honor. Con clara intuición teológica descubrieron en María privilegios y prerrogativas, que comenzaron a celebrar jubilosamente mucho antes de que la Santa Iglesia declarase de manera oficial que ellos estaban incluidos en el depósito de la revelación.

Así aconteció con la verdad dulcísima de la Inmaculada Concepción. Muy honda y muy extensa era la creencia del pueblo fiel en este misterio, y muchas fiestas se celebran en su honor en diversas iglesias particulares, pero no había habido todavía ninguna decisión oficial ni ningún decreto público que preceptuase la celebración de esta festividad.

Así se llegó al año 1310 en que el piadoso Arzobispo de Santiago, don Rodrigo del Padrón, creyó llegado el momento de comunicar a los Prelados de la Diócesis que entonces formaban la Provincia eclesiástica compostelana y a los de toda Galicia, la conveniencia de reunirse en Concilio y decretar la fiesta preceptiva de la Inmaculada Concepción de la Virgen el 8 de diciembre de cada año.

La sesión del mencionado Concilio, en que se promulgó el Decreto, tuvo lugar en Salamanca el día 29 de octubre de 1310 y sus actas aparecen firmadas por don Rodrigo y por los Obispos de Lisboa, Mondoñedo, Tuy, La Guardia, Ciudad Rodrigo, Ávila, Plasencia y Lugo, habiendo hecho constar su aprobación a las mismas los Obispos de Zamora y Astorga, que tuvieron que retirarse antes de la terminación del Concilio.

De esta suerte, quinientos cuarenta y cuatro años antes de la definición del Dogma de la Concepción Inmaculada de la Virgen Santísima, la Provincia de Compostela establecía y preceptuaba esta festividad, anticipándose en diecinueve años al Concilio Provincial de Londres, celebrado el año 1329, que hasta hace poco era tenido como el primero en haber decretado la fiesta que Nos ocupa.

(De una circular del Emmo. Cardenal Arzobispo de Santiago.)

Santiago, meta de la cristiandad



CUENTA la Historia que allá en el siglo XIII, hacia su mitad, fué a Tartaria el franciscano Guillermo de Ruysbroeck, enviado por San Luis Rey de Francia, donde visitó al khan de los mogoles, y encontró allí a un monje nestoriano que se preparaba para emprender la peregrinación a Santiago de Compostela. Era exactamente el año 1253.

Ya hacía entonces casi quinientos años que se había iniciado aquel movimiento piadoso que de todos los puntos del viejo continente acudía a la tumba del Apóstol en busca de perdón y consuelo espiritual. Al año 895 se remonta la primera noticia documental sobre los peregrinos, en una donación de los monarcas Alfonso III y Doña Jimena al Apóstol “para el sustento de los hermanos religiosos que perseveren en santa vida, o para los peregrinos que allí acudan”. Y la hermosa leyenda ampliamente difundida en la literatura medieval y en el *Liber Sancti Iacobi*, presenta al mismo Carlomagno, acompañado de Rolando y del arzobispo Turpin, abriendo, en lucha contra los moros, el camino de Santiago. “La vía estelar que has visto en el cielo — le dice Santiago a Carlomagno en una aparición — significa que tú irás a Galicia al frente de un gran ejército, y que después de ti todos los pueblos irán en peregrinación hasta la consumación de los siglos.”

Desde aquellos remotos tiempos de la Edad Media hasta nuestra moderna edad, todos los siglos pudieron contemplar el testimonio de la devoción jacobea del pueblo cristiano, incluso entre aquellos que no formaban parte de la unidad católica.

Ya en el siglo X fueron hasta el sepulcro del Apóstol personas de gran renombre en la Cristiandad. “Godescalco, obispo del Puy, saliendo de la región de Aquitania — dice el cronicón albeldense —, con una gran devoción y acompañado de una gran comitiva, se dirigía a los confines de Galicia para implorar humildemente la misericordia de Dios y el sufragio del Apóstol Santiago.”

Y unos años más tarde había alcanzado tal fama el sepulcro del Apóstol, que Cesáreo, abad de Santa Cecilia de Montserrat, fué allí en peregrinación para pedir al obispo de Compostela que, por la autoridad que le confería el Sepulcro, quisiese restaurar a su favor la dignidad metropolitana de Tarragona, independizando así a Cataluña de la sede carbonense.

Mas no se crea que la fama del cuerpo santo sólo había alcanzado los límites peninsulares: consta que el año 961 fué asesinado en el camino de Santiago un marqués de Gothia que se dirigía a venerar las sagradas reliquias.

Un tal auge en la fama de Santiago excitó sobremodera el odio de los musulmanes, que con Almanzor intentaron destruir los venerandos restos. Mas “como tirase los sus huesos — dice Rodríguez de Almela — fué mucho espantado de un grand terremoto e excrepito e ruido que firió a par del sepulcro del Apóstol, en tal manera que se olvidaron los huesos del Apóstol con el grand espanto e miedo que le vino”.

La difusión del milagroso suceso contribuiría sin duda a aquella mayor intensidad en las peregrinaciones que se nota en el siglo XI. Guillermo V, Duque de Aquitania y Conde de Poitou, relacionado con la mayor parte de los monarcas cristianos, alternaba su peregrinación anual a Roma y a Santiago. De todos los puntos de Francia, de

Flandes, de Alemania, de Inglaterra, iban llegando peregrinos hasta el sepulcro del Apóstol.

Una tal fama en toda la Cristiandad llegó incluso a turbar a algunos obispos de la Sede compostelana, que se atrevieron a pretender cierta independencia de Roma, tomando el título de “obispo de la Sede Apostólica”, lo cual valió a alguno de ellos la excomunión. A fines del siglo XI, sin embargo, ya se había roto aquella resistencia, y en adelante sus obispos vivieron en comunión con el Papa, de quien recibió gran esplendor la mitra compostelana, especialmente en tiempo de don Diego Gelmírez, que consiguió de Calixto II la elevación de su Sede a la dignidad metropolitana, y la concesión de celebrar “Año Santo” el año en que la fiesta de Santiago cayese en domingo, privilegio que volvió a confirmar Alejandro III en la bula “Regis aeterni” en 1181. Con la protección de la Sede romana creció tanto la fama del venerando sepulcro, que los mismos árabes quedaban maravillados de la afluencia de peregrinos.

Cuéntase en la *Historia compostelana*, mandada escribir por Gelmírez, que habiendo ido a Galicia unos embajadores del emir almurávid Alí ben Yusuf (1106-1142) para entrevistarse con la reina Doña Urraca, “vieron cuántos peregrinos cristianos iban a Compostela y volvían de allí para hacer oración, y admirándose preguntaron al centurión Pedro, a quien tenían por guía y acompañante entre los cristianos, y conocía bastante su lengua: ¿Quién es ese personaje tan grande e ilustre, para que los cristianos se dirijan a él para hacer oración desde detrás de los Pirineos y desde más lejos? Es tan grande la multitud de los que van y vuelven, que apenas deja libre la calzada hacia Occidente. Se les contestó que era éste Santiago, Apóstol de nuestro Señor y Salvador, hermano de Juan apóstol y evangelista, uno y otro hijos del Zebedeo, cuyo cuerpo está enterrado en los confines de Galicia y es venerado por la Galia, Inglaterra, el Lacio, Alemania y por todas las provincias cristianas, sobre todo por España, como patrono y protector suyo”.

Del mismo siglo XII es el *Liber Sancti Iacobi*, atribuido al Papa Calixto II, aunque modernamente lo ponen en duda los críticos. Todo él, dividido en cinco libros, está destinado a cantar las glorias de Santiago. En uno de los sermones que componen el libro primero se describe las muchas gentes que acudían a venerar el sepulcro: francos, escotos, teutones, iberos, anglos, flamencos, frisios, ítalos, griegos, armenios, rusos, nubios, partos, efesios, etc., y así hasta llegar al número de setenta y cuatro.

La noche de la llegada solían pasarla en vela ante el sepulcro. “Quien ve los coros de los peregrinos alrededor del venerando altar de Santiago — dice el *Liber* — se alegra con gozo grande. Los germanos en un grupo, los franceses en otro, los italianos en un tercero, sosteniendo todas velas encendidas en sus manos de modo que la iglesia irradia como un sol. Unos cantan con cítaras, otros con liras, otros con tímpanos, con flautas, trompetas... con esos diversos géneros de músicas pasan la noche cantando, mientras otros lloran sus pecados, o leen salmos, o dan limosnas a los ciegos. Allí se oyen diversos géneros de lenguas, clamor de bárbaros, voces y cantos alemanes, anglos, griegos, y de todas las tribus y pueblos de todos los climas del mundo.”

Durante el siglo XII pudo ver Compostela a la emperatriz Matilde, viuda de Enrique V, a Guillermo X de Aquitania, al rey de Francia Luis VII, a Conrado, arzobispo de Maguncia, a la condesa Sofía de Holanda, a Enrique el León, duque de Sajonia, al arzobispo de Lieja, y, en el

siglo siguiente, a Santo Domingo y a San Francisco de Asís, y a los padres de la que había de ser Santa Brígida de Suecia, y muchos otros ilustres personajes que sería largo enumerar. “Sin embargo — dice V. de Parga en su erudito trabajo sobre las peregrinaciones —, la verdadera peregrinación no la formaban los santos, los reyes, ni los obispos, sino la masa anónima, confusa y turbulenta de gentes innominadas que llegaban de todas las regiones del orbe cristiano para buscar la remisión de sus pecados, o cumplir un voto formulado.”

Así fué durante toda la Edad Media, en la que la peregrinación a Santiago tuvo un carácter eminentemente “católico” y sobrenatural. Mas ya en los albores de la Edad Moderna, con la decadencia de los ideales que habían informado al mundo medieval, va decayendo también aquel movimiento tan importante en los siglos anteriores. Característico es el pregón del Senescal del Henao, De Werchin, anunciando a los cuatro vientos su intención de peregrinar a Santiago, y de aceptar, durante su viaje, el reto de cualquier caballero que no le obligase a desviarse de su camino más de veinte leguas. La Caballería intentaba infundir su espíritu, ya decadente, en aquel sólido movimiento religioso.

Mas no por eso vaya a creerse que en el siglo xv tanto habían perdido las peregrinaciones, que quedasen como reducidas a nada. Todo lo contrario: continuaron llegando a la tumba del Hijo del trueno grandes multitudes que atravesaban toda Europa fiadas en los salvoconductos que los reyes acostumbraban dar a los peregrinos, como exigido por el Derecho cristiano medieval, aun cuando viniesen de una nación enemiga.

El Año Santo de 1434, en el lenguaje de entonces llamado “año de perdonança”, mandaba desde Segovia el rey don Juan II a todos sus súbditos, y en particular “al Almirante Mayor de la mar y a sus subalternos, y a todos los patrones y gentes de armas et capitanes de qualquier naos et galeas et otras qualquier fustas que andan por mis mares... et a todos los otros mis capitanes et gentes de armas que andan por las fronteras... que por quanto este año es la perdonança del Apostol Santiago... a su iglesia suele venir, así por tierra como por mar gentes de muchas partes... dexedes et consintades pasar libre et desembargadamente a todos et qualquier que vinieren a la dicha perdonança por mar o por tierra, así de los mis Reynos como de fuera dellos, et que les non prendades los cuerpos, nin los tomedes, nin embarguedes los bienes nin cosas, por guerras que yo et los mis subditos et naturales con ellos ayamos, nin por debdas que deban nin por otras cosas algunas, asi en la yda et estada en la dicha romeria, como en la tornada della... so pena de la mi merced et de la privacion de los oficios et de la confiscacion de los bienes...”

El golpe más rudo lo recibieron las peregrinaciones en la época de la Reforma. Se habían introducido de antiguo numerosos abusos, contra los cuales se levantaron también las voces de no pocos predicadores; pero el Protestantismo no combatió los abusos, sino el mismo hecho de peregrinar. Por eso, sumidas Alemania y Francia en las gue-



SERRA GODAY

rras de religión, y hundida Inglaterra en el cisma, aquel caudal inmenso de peregrinos, al que tanto habían contribuido esas naciones, vióse, a partir del siglo xvi, considerablemente mermado. Y no sólo dejaron de enviar a sus hijos en peregrinación, sino que Inglaterra, cambiado su amor cristiano en odio protestante, envió las naves de su reina a destruir aquellos sagrados restos tan venerados de sus antepasados. Fué entonces, a finales del siglo xvi, cuando, con ese motivo, escondió el arzobispo los cuerpos de Santiago y sus dos discípulos, cuyo paradero exacto quedó desconocido hasta las investigaciones del cardenal Payá y Rico, que terminaron con la bula confirmatoria de León XIII.

Ya en la Edad Moderna no volvió a ser la peregrinación a Santiago lo que había sido en la Edad Media. Sin embargo, si bien el protestantismo obstruyó en gran manera el camino de Santiago, todo un continente se abría en el mismo momento a la devoción al santo patrón de España. La conquista de América, como la secular lucha contra los moros, se hizo bajo el patronazgo de Santiago, cuyo nombre difundieron los españoles en todas las latitudes, hasta poderse contar ciento cincuenta y cinco ciudades cuyo nombre es el del santo Apóstol.

* * *

Dios ha querido, a través de los siglos, honrar de una manera excepcional el cuerpo de Santiago Apóstol, que por divina providencia se halla en nuestra patria.

“Después del Tabernáculo, donde vive realmente presente, aunque invisible, Nuestro Señor Jesucristo — decía Pío XII en una reciente audiencia —; después de la Palestina, que conserva, además del Santo Sepulcro, los vestigios de su paso por aquí abajo; después de Roma, que guarda las tumbas gloriosas de los Apóstoles, no hay acaso lugar al que haya acudido, a través de los siglos, un número tan grande de devotos peregrinos, como la capital histórica y espiritual de Galicia, Santiago de Compostela, donde, según antigua tradición, reposan las reliquias del Apóstol Santiago el Mayor.”

Gran honor es éste para España. Pero el consuelo que tal honor nos proporciona a los españoles comporta una responsabilidad extraordinaria: conozcámosla por lo menos.

PABLO LÓPEZ CASTELLOTE

EL APÓSTOL, PEREGRINO DE LAS ESPAÑAS

Los que visitan la monumental basílica del Apóstol Santiago en Compostela, luego de trasponer el artístico pórtico de la Gloria, del maestro Mateo, divisan a lo lejos en el altar mayor la figura venerable del Apóstol Peregrino, figura muy familiar a los españoles y peregrinos de Compostela, pero muy rara y singular a los extraños, que haría sonreír a monseñor Duchesne y otros escépticos historiadores, para quienes la venida de Santiago el Mayor a España no pasa de ser una piadosa leyenda sin otro fondo histórico que sus reliquias. Y a propósito de las reliquias del Apóstol y Patrón de España, nos sorprendió no poco, en la revista oficial *Índice de la Cultura Española*, de febrero del pasado año, la reseña de una conferencia de fray Justo Pérez de Urbel, O. S. B., bajo el título "Orígenes del culto de Santiago en España".

En dicha reseña se afirma que "la gran devoción al Apóstol Santiago, que tiene por centro a Compostela, no fué el resultado de un error *universal* o de un fraude *incomprensible*, sino que las reliquias veneradas en Galicia son las mismas que se conservaban en Mérida, en el siglo VII"; y da como prueba "una lápida descubierta recientemente". Luego supone que al tiempo de la invasión de los moros, en el siglo VIII, los cristianos de Mérida habían huído hacia Galicia siguiendo el curso del Guadiana (parece mucho más lógico que hubiesen huído con rumbo a Oporto o a Lisboa para abreviar el camino). Con eso el insigne escritor se siente satisfecho de haber salvado la gloriosa tradición jacobea, referente al sepulcro de Santiago en Galicia, "de un error universal o fraude incomprensible". Esto contradice lo que el mismo insigne escritor afirma en su "Año Santo" (25 de julio); pero se dirá que aquí escribía para el vulgo y allí hablaba a los científicos. Sin embargo, sin negar la posibilidad del éxodo de los cristianos de Mérida y de su odisea por tierras del Guadiana hasta llegar, cargados de reliquias, a Compostela, nunca podremos aceptar la opinión de que la antiquísima y venerable tradición española — de la venida del Apóstol Santiago a España y de su glorioso sepulcro en Compostela, descubierto el año 813 de la era cristiana —, esa tradición que el mismo historiador Baronio admitía tal cual ahora se lee en el Breviario, convencido por los argumentos históricos, después de haberla contradicho, sea no más que "un error universal o un fraude incomprensible". Y como publicamos en la revista *CRISTIANDAD*, de julio a octubre de 1951, una serie de artículos sobre la "Predicación de Santiago en España", haremos aquí un breve resumen de los argumentos históricos en favor de esta que el insigne sabio jesuita Cornelio a Lápide llamaba "*tradición universal e inmemorial*, no sólo de España, sino de los fieles en todo el mundo, a la cual nadie puede contradecir". Y no vale decir que eso de "*error universal o fraude incomprensible*" se refiere tan sólo a la traslación de las reliquias del Apóstol desde Jerusalén al puerto de Iria Flavia, en Galicia (hoy día Padrón), porque la devoción al Apóstol, "que tiene por centro a Compostela", no se basa solamente en la traslación de las reliquias, sino también en la predicación del Apóstol Santiago en España, y especialmente en Galicia, donde descansan sus venerandas reliquias en espera de la resurrección. Entre la traslación y la predicación (supuestas las pruebas históricas de la tradición oral y escrita) hay una conexión lógica innegable. La una es la explicación lógica de la otra. Santiago predicó en Galicia y por eso quiso el Señor que sus reliquias descansaran en la provincia que le cupo en suerte cuando

se dispersaron los Apóstoles a predicar el Evangelio por todo el mundo, según el mandato del Señor. El cuerpo de Santiago fué hallado en Compostela, al brillar en la noche una luz o estrella milagrosa (*Campus stellae*, Campo de la estrella), y la explicación de ese hecho histórico — el milagroso hallazgo de las reliquias —, acaecido el año 813, bajo el reinado del Papa San León III (795-816), se debe buscar no en la invasión de los moros en Mérida o de los árabes en Jerusalén (como dice el benedictino Lefebvre en su famoso misal), sino más bien y con mejor lógica en la predicación de Santiago en España. Pero veamos las pruebas principales de la venida de Santiago a España.

1. La voz de la tradición

Todo el que haya visitado la provincia de Galicia, y especialmente la ciudad de Santiago de Compostela, monumento perenne del arte y de la fe de nuestros mayores, habrá podido constatar la arraigada tradición del pueblo gallego, y sobre todo del clero y fieles de la Archidiócesis de Compostela, sobre la predicación del Apóstol Santiago en toda Galicia y sobre la traslación de sus reliquias inmediatamente después de su muerte por sus discípulos, que le acompañaron desde España a Jerusalén, donde fué decapitado por Herodes Agripa el año 42, el año de la segunda dispersión de los Apóstoles y del primer viaje de San Pedro a Roma.

Si de Santiago de Compostela bajamos a Padrón, la antigua ciudad romana de Iria Flavia, así llamada en honor de su protector Flavio Vespasiano, puerto entonces tan importante como la ciudad de Ulises (Ulysippo, Lisboa) o Itálica (cerca de Sevilla), allí nos mostrarán, en la iglesia de Santiago junto al río Sar, el padrón o pilar donde, según la tradición, atracó la barca que trajo de Palestina las reliquias del Santo luego después de su martirio.

Un artístico Viacrucis sirve de guía al peregrino hasta la cumbre de un monte contiguo a la iglesia, y allí una pequeña capilla dedicada al Apóstol Peregrino y un enorme peñasco marcan el lugar donde, según la tradición, predicaba el Apóstol. Hasta los niños repiten ingenuamente al visitante — y esto lo experimentamos en 1949 al visitar aquellos históricos lugares — que allí predicó el Apóstol Santiago, y que a orillas del Sar, junto a la actual iglesia, se detuvo la barca milagrosa portadora de sus reliquias.

2. La voz de la historia

Esta tradición, por tantos títulos gloriosa y honorable, y que tanto enaltece a toda la Península Ibérica, desde Compostela a Zaragoza, y desde Portugal a Cataluña, como lo atestiguan las Órdenes militares de Santiago y la aparición de Santiago a caballo en la batalla de Clavijo y en otras batallas durante las Cruzadas, esta tradición de tanto arraigo popular en toda España no se basa en doctas fábulas o en piadosas leyendas.

Las pruebas históricas de la predicación de Santiago en España (ver *CRISTIANDAD*, año arriba citado) se remontan a fines del siglo IV y principios del V. Tanto San Jerónimo como su maestro, Dídimo de Alejandría, afirman que uno de los Doce predicó en España (ver los textos en las enciclopedias y en *CRISTIANDAD*, julio-octubre 1951). Los Catálogos de los Apóstoles, de origen oriental, que según el mismo monseñor Duchesne, adversario de nuestra tra-

dición, datan del siglo VI (y eso las copias latinas más antiguas, como el llamado "Calendario Jeronimiano"), afirman que fué el Apóstol Santiago el Mayor quien predicó en España. Lo mismo repite en términos bien claros e inequívocos la antigua liturgia española, llamada "mozárabe y visigótica", y sus autores o reformadores los Padres de la Iglesia visigoda (siglos VI y VII).

Recordaremos a los lectores de CRISTIANDAD, por vía de ejemplo, al más ilustre de dichos Padres, el gran doctor San Isidoro de Sevilla, que en su libro (citado por su discípulo San Braulio de Zaragoza) *De ortu et obitu Patrum* (De la vida y muerte de los Padres) dice lo siguiente: "Santiago, hijo de Zebedeo, hermano de Juan, cuarto en la vocación al apostolado, escribió a las doce tribus de la dispersión y predicó el Evangelio a los pueblos de España y lugares de Occidente; y difundió la luz de la predicación hasta el ocaso del mundo. Fué sepultado en Marmárica." Esta expresión "Marmárica" se halla también en los Catálogos de los Apóstoles y en otros documentos, aunque con algunas variantes (ver CRISTIANDAD, loc. cit.). Comparando entre sí dichas variantes, fácil es deducir que el texto primitivo de donde se derivaron esas variantes o corrupciones era el que consta en algunos de los documentos ya mencionados: "In loco Arcis Marmoricis, in Provincia Galleciae, in finibus Amahee" (en el lugar "Arcas Marmóricas", en la provincia de Galicia, en los confines de la Amahía). Dice el historiador don Antonio López Ferreiro, canónigo que fué de la Basílica compostelana a fines del siglo pasado, que "Amahía" era en la antigüedad romana una pequeña región comprendida entre el Sar y el Tambre; y que el valle de "Mahía", cerca de Compostela, conserva ese nombre hasta el presente. "Por lo cual, añade López Ferreiro ("Orígenes de la Iglesia Compostelana"), solamente un historiador lleno de prejuicios podría negar la fuerza de la tradición oral y escrita sobre el lugar del sepulcro de Santiago y su predicación en la región de España donde descansan sus venerables reliquias." El nombre de "Arca Marmórica", dado al lugar del sepulcro de Santiago, se debió a la forma ovalada del sepulcro, muy común en la antigüedad romana y egipcia.

3. La voz de los Papas

Tenemos en primer lugar la Epístola, atribuida a San León III, sobre la traslación de las reliquias, cuya fiesta aparece ya asignada para el 30 de diciembre en el Breviario compostelano del siglo XI. De dicha carta transcribe López Ferreiro, en la obra citada, tres textos principales, aunque fragmentarios: uno del Códice llamado de Calixto II (1119-1124), tío del conde de Galicia don Ramón de Borgoña y peregrino de Compostela siendo arzobispo de Viena, en Francia; otro texto del Códice de El Escorial, y otro del Breviario de Evora, en Portugal (con los cuales concuerdan las lecciones del Breviario de Toledo y otras iglesias de España). En todos estos Breviarios consta la tradición.

El Papa Calixto II, famoso en la lucha contra los abusos del poder civil en la cuestión de las investiduras y uno de los Papas más ilustres de la Edad Media, demostró su devoción al sepulcro de Santiago otorgando "el jubileo compostelano", que se celebra cada cinco o diez años, siempre que la fiesta de Santiago, 25 de julio, cae en Domingo. Fué ratificado este privilegio por el Papa Alejandro III (1150-1181).

El Papa León XIII (1878-1903), por Letras Apostólicas dadas en Roma el 1.º de noviembre de 1884, ratificó la sentencia del cardenal Miguel Payá y Rico, arzobispo de Compostela, sobre la veracidad de las reliquias del Apóstol, enterradas por el cardenal de San Clemente debajo del altar mayor de la basílica, junto con las de sus discípulos Atanasio y Teodoro, para librarlas del saqueo en la inva-



sión inglesa de 1589. Fueron halladas felizmente, tras laboriosas excavaciones, el 28 de enero de 1879, después de estar perdidas por casi tres siglos. El Papa León XIII felicita a la Cristiandad entera por tan feliz hallazgo de las reliquias de los tres Santos Evangelizadores de España.

Esta gloriosa tradición — de la venida de Santiago a España — nos la recuerda la Iglesia en el Breviario el 25 de julio, fiesta del Apóstol y Patrón de España. Es una frase lacónica: "Después, habiendo ido a España, convirtió allí a algunos a la fe de Cristo..."; pero esa simple frase costó a los españoles muchos sudores y fatigas, siendo el fruto de profundas y prolijas investigaciones históricas. Fué por los años de 1602, cuando se llevó a cabo la reforma del Breviario decretada por el Papa Clemente XIII (1592-1607). Era cuestión de suprimir en las lecciones del segundo nocturno lo referente a nuestra tradición. Intervino en las discusiones el cardenal Baronio, religioso del Oratorio y autor insigne de *Los anales de la Iglesia*; y tanta fué la fuerza de los argumentos presentados en favor de la venerable y antiquísima tradición, que el Papa aprobó la resolución favorable de los cardenales. Tal controversia sirvió para esclarecer la verdad histórica, como lo atestigua el sabio cardenal Próspero Lambertini, más tarde Papa con el nombre de Benedicto XIV (1740-1758), el cual escribía en 1723: "En lo que se refiere al punto de la ida y predicación de Santiago en España, de buen grado suscribo a esa opinión" (*liberter subscribo*).

Recapitulando, diremos que la tradición de la venida del Apóstol Santiago el Mayor a España durante los diez años de su apostolado (todos sabemos lo que San Francisco Javier hizo en el Oriente durante los diez años de misión apostólica) "no es nada imposible ni monstruoso", como decía Baronio contra los protestantes, sino que, como escribe el cardenal Bartolini, delegado de León XIII en la investigación canónica de las reliquias en 1884, "se basa principalmente en una tradición antiquísima, siempre constante, jamás interrumpida, y retenida como prueba certísima, no sólo en España, sino por todo el orbe católico".

Y como testimonio perenne de la devoción de toda la cristiandad al sepulcro del Apóstol, quedará siempre el viejo camino francés con sus hospederías y monasterios, desde Navarra hasta Galicia, pasando por Silos, Carrión y Sahagún, luminosa estela que con la Vía Láctea, o Camino de Santiago, guiará siempre a España hacia la cuna de su fe y de sus glorias nacionales.

T. MONTERO, O. M. I.

San Juan, Texas.

LO QUE ENCUENTRA UN PEREGRINO EN SANTIAGO EL DIA QUE LLEGA

El que va a Santiago a ganar el Jubileo encuentra ciertamente lo que busca, mejor dicho, encuentra mucho más. En todos sentidos. Aunque sea cierto que como peregrino desea en primer lugar beneficiarse con los privilegios concedidos a los que visitan la tumba del Apóstol los años que su fiesta cae en domingo, no va desprovisto de la curiosidad turística inherente de quien se dirige a uno de los lugares del mundo que ha sido un centro de atracción con el cual únicamente pueden competir Roma y Jerusalén.

No queda defraudado en ningún sentido, al contrario, y puede suceder, si viene de una gran ciudad, que además de lo que espera alcanzar y ver, encuentre algo en sí mismo que no sospecha, porque si naturalmente sabe que viene provisto de un impermeable para resguardarse de la llovizna persistente que caracteriza el clima de estas tierras, tal vez no tiene conciencia de que el ajeteo casi frenético de las exigencias de la vida ciudadana, han puesto sobre su espíritu un caparazón más impermeable todavía que lo hacen habitualmente casi invulnerable a la emoción espiritual. Ya se da cuenta de su existencia cuando al llegar al Monte del Gozo contempla la ciudad que aparece entre el Sar y el Sarela como una joya de filigrana, descansando sobre el terciopelo verde del prado que cubre su tierra húmeda y jugosa, y envuelta en una luz que delinea limpiamente las torres de la Catedral, aunque no se aprecie todavía la fina labor que ha bordado sus piedras con el más fastuoso estilo de Churriguera.

Sí, este panorama es suficiente para que el caparazón que cubre el espíritu sufra el primer impacto que lo sacude y lo cuartea. En este momento afloran espontáneamente al pensamiento un sin fin de evocaciones que plasman en una realidad que entra a formar parte de su acervo espiritual. Aunque llegue en autocar, ¡ya es uno más entre los millones de peregrinos que han venido durante más de mil años provistos de venera, bordon y escarcela desde las costas brumosas de Escandinavia, desde los confines de Persia, desde las doradas campiñas de Nápoles! Casi le invade la nostalgia por no haber podido hacer, como

ellos, el camino en caravana a lo largo de la calzada construída expresamente por Santo Domingo, consultando el Codex Calixtino que llevaban los más eruditos, y era la guía turística más completa de aquellos tiempos para esta ruta.

Ciertamente la rapidez del viaje es una ventaja, pero ¡qué sabor debían tener aquellas jornadas que tejían epopeyas de santos, emperadores y reyes, que amenizaban los cantares de gesta, que inspiraban tantos romances graciosos, tantas anécdotas tiernas, devotas o amorosas! Y, ¡qué ilusión tomar parte en el pujilato de la última etapa para alcanzar el título de rey de la peregrinación, que se concedía al que primero divisaba las torres de la Catedral, precisamente desde este Monte del Gozo! Buena prueba del orgullo con que se conservaba este título son los apellidos Rey, King, Leroy, etc. que tanto abundan en toda Europa.

Con estas reflexiones se llega a la ciudad que tiene en detalle y en conjunto, y más en conjunto que en detalle, un encanto imposible de describir, porque el Toral, el Preguntoiro, la Conga, la Rúa del Villar, la Rúa Nueva, nada tienen que llame la atención especialmente. Se trata de un encanto, diríamos climático, que está en el ambiente, en todas las calles, en todas las Iglesias, en todos los conventos, en todas las casonas, en todos los palacios, construídos con el granito agrisado de las canteras próximas. Un encanto que está en la pausa serena de los movimientos de la gente, en su mirar tranquilo, en el dejo de su habla que canta y acaricia. Sin más ni más se sienten ganas de permanecer tiempo aquí; se comprende la morriña de los gallegos que están fuera de su tierra, y que Rosalía de Castro se hiciera célebre en seguida cuando cantó:

*airiños, airiños, aire;
airiños da miña terra;
airiños, airiños, aire;
airiños, levaime a ela.*

porque interpretaría el deseo de todos sus paisanos, que si es verdad que se les encuentra por los cinco mares y todos los continentes, es imposible que olviden esta dulce Galicia, y menos todavía a Santiago, que es su flor.

Al revés de lo que sucede en otros lugares en que la plaza ocupa el centro y tiene los edificios notables a su alrededor, aquí, el centro lo ocupa la Catedral y delante de cada una de sus fachadas tiene una plaza. La de las Platerías corresponde a la fachada más antigua y más rica desde el punto de vista artístico, con la torre llamada del Reloj. En la de la Quintana hay por un lado el convento de San Pelayo, por otro unos soportales donde parece es costumbre que los gaiteros, unos robustos mocetones tocados con casquetes muy altos bordados con flores de colorines, toquen el típico instrumento que llevan colgado al hombro, para que las zagalas retozonas punteen con garbo las cadencias de la muñeira. La fachada de la Catedral que da a esta plaza tiene la puerta del Patio de la Corticela, y la Puerta Santa, por la que hay que entrar para ganar el Jubileo.

Subiendo una gran escalinata se pasa a la plaza de la Azabachería, con fachada frente al Seminario. En la plaza de España y frente al Ayuntamiento está la fachada del Obradoiro, que es la que tiene las torres más altas y des-



cansa sobre la llamada catedral vieja, que sirve de cripta. Los portales cerrados de esta fachada reguardan el famoso Pórtico de la Gloria que ha de verse por dentro de la Iglesia. En esta plaza hay también dos joyas artísticas de lo mejor que tiene Santiago: el colegio Fonseca y el Hospital Real que actualmente están habilitando para hospedería.

Si la vuelta exterior a la Catedral y edificios de las plazas adyacentes puede de verdad satisfacer al turista más exigente, esta admiración no decae al penetrar en el recinto, sino que va en crescendo al admirar la multitud de capillas, a cual más rica en arte y en historia, entre las que destaca especialmente la gracia ingenua y primitiva de la Corticela, la grandeza que a la llamada de los Reyes da la estatua yacente, notabilísima por su belleza, de la emperatriz Doña Berenguela, hermana del Conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, y de otros monarcas y nobles célebres, puestos entre multitud de reliquias. Y esta admiración llega a su punto álgido al extasiarse comprobando que efectivamente las figuras del Pórtico de la Gloria parece que hablan unas con otras y tienen tal realismo de expresión que se cree imposible no oír lo que dicen.

Nadie se priva tampoco del goce un tanto infantil de ver cómo ocho hombres manejan el gran botafumeiro y lo balancean de un extremo a otro del crucero de la iglesia hasta llegar casi al techo, cada vez que llega una peregrinación, de tocar el bastón que se dice de San Francisco y abrazar la estatua del Apóstol que está en el altar mayor.

Pero más notable que todo esto, aunque lo sea mucho, es la carga de psiquismo que el ambiente de esta catedral hace penetrar en el alma por la brecha abierta ya cuando se ha llegado a Santiago. Parece que el conflicto entre la materia y el espíritu queda suprimido porque mientras se permanece en ella, el velo que separa lo natural de lo sobrenatural es tan tenue, que la parte zoológica cuenta solamente como sostén del alma. Diríase que hasta materialmente se absorbe el potencial psíquico que han dejado entre sus muros la unción del Seráfico San Francisco, la gracia de Santa Isabel, el valor y arrojo de los Alfonsos de Asturias, de los Ramiros y Ordoños de León, de la grandeza de Carlomagno, de la majestad de los reyes, del valor del Cid, de la devoción del Gran Capitán, de los homenajes del vencedor de Lepanto y de la suavidad y fuerza de la oración de tantas gentes sencillas, virtuosas y pecadoras que de todas las naciones del mundo conocido, desde que apareció la estrella que señalaba el lugar donde estaba la tumba del Apóstol, empezaron a venir al Campo de la Estrella (Compostela), cuyo camino señalaba el cielo con los millones de estrellas de la Vía Lactea, que desde entonces se conoció entre el pueblo con el nombre de Camino de Santiago.

Pero donde la aguda punta del espíritu acaba hasta con todas las resistencias que ha acumulado en la inteligencia una hipercrítica que parece destinada a disecar la historia, es ante la tumba del Apóstol. Aquí no hay tesoros artísticos ni grandeza material. Está en una cripta diminuta debajo del altar mayor. Se llega por unos pasillos tan estrechos que sólo cabe una persona, el techo casi se toca con la mano y es tan pequeña que apenas si hay lugar más que para el sarcófago que está sobre la tabla del altar, sin ningún otro soporte ni decoración. Y si todo lo que se ha visto



es grande y magnífico, la tumba es sublime en sí misma. La virtualidad de su contacto es manantial de vida que inunda al alma y se comprende que pueda dar fuerza para lanzarse a todas las hazañas. Aquí no se admira, se reza. Aquí se ve, diríamos natural, el hecho sobrenatural que transformó el sencillo pescador de Galilea que remendaba sus redes cuando oyó la llamada de Jesús, en el formidable guerrero armado de punta en blanco, jinete en un brioso caballo aplastando los moros vencidos, que estamos acostumbrados a ver en nuestras tablas medioevales y en nuestros retablos barrocos. Aquí parece evidente la protección que sentían los adalides de nuestra Reconquista, que no eran ciertamente unos alfeñiques, cuando creían que durante las batallas el pescador de Genesaret, convertido en caballero celestial, galopaba sobre las nubes del cielo, y al grito de ¡Santiago! realizaban las más estupendas hazañas.

Y ya el primer día que el peregrino está en Santiago se pregunta, ¿no estará también aquí el rescoldo capaz de encender la llama que inflame a todos los españoles para que se lancen definitivamente a la cruzada para la conquista del Mundo Mejor?

MARÍA ASUNCIÓN LÓPEZ

Don Diego Gelmírez, primer Arzobispo de Santiago

Oh, varón pródigo y venerable: ni en lo próspero, ni en lo adverso se olvidó jamás del decoro y exaltación de su Iglesia!...

Historia Compostelana, libro III, c. IX.

De la «España del Cid» a la «España de Gelmírez»

En esta conmemoración de los fastos compostelanos no debía faltar el justo homenaje y la evocación simpática de quien quiso y logró llegar a ser máximo promotor de las glorias jacobeanas. Don Diégo Gelmírez, gallego, hijo del caballero Gelmirio, obispo y luego primer arzobispo de Santiago, personifica un jalón decisivo y culminante en la historia de Compostela y sus peregrinaciones, de Galicia y podríamos decir que de toda la Península.

Osamos incluso hablar de una “España de Gelmírez”, en cuanto que éste no estuvo ausente en ninguno de los problemas fundamentales de su tiempo, más bien los presidió u orientó en buena parte en una vida de actividad pasmosa: cerca de cuarenta años de episcopado—1100 a 1139—precedidos por unos cuantos más como canciller y secretario del conde Raimundo de Borgoña (1) y merino y superintendente real para los asuntos temporales de la diócesis compostelana en dos vacantes de obispo.

Se ha consagrado la denominación de “España del Cid” para referirse y caracterizar al siglo XI español, sobre todo en su segunda mitad (2). Período de notables conmociones y de transición, en que las fuerzas cristianas cobran superioridad manifiesta sobre sus seculares antagonistas musulmanes; los reinos hispánicos se abren de lleno a la vida e influjo de la Cristiandad europea, los ideales de Reconquista—en la que empiezan a colaborar elementos ultrapirenaicos (3)—se plasman y vigorizan en forma de cruzada nacional, y junto con los peregrinos, sobremanera incrementados, por el Camino de Santiago, vía de intercambios fecundos, van introduciéndose los monjes de Cluny, el rito romano, el arte románico, nuevas costumbres e instituciones políticas, sociales, económicas y culturales—, hasta una nueva caligrafía...

Los primeros decenios del siglo XII—la “España de Gelmírez”—entrañan una crisis tremenda y parecen frustrar las magníficas perspectivas de la etapa cidiana. Apenas puede contenerse la reacción almorávide, se diluyen casi la autoridad y el prestigio de la realeza en las luchas consiguientes a la muerte de Alfonso VI (1109), bajo el gobierno de una mujer voluble e imprudente, la reina doña Urraca; la adaptación y consolidación de las grandes innovaciones anteriores provoca una atmósfera de inquietudes e impaciencia, un desatamiento y choque de pasiones y partidismos, años tristes de encarnizamiento y turbulencias que auguran un porvenir nacional sombrío y desdichado.

Tal es la espléndida oportunidad para el genio de don Diego Gelmírez, cuya actuación quizás se suele pormenorizar con exceso, sin conexión lógica de unos hechos con otros, hasta producirnos a veces la sensación de un hombre intrigante, aprovechado y arribista, vanidoso y pendenciero; con detrimento lamentable de su trascendencia nacional y de su verdadera personalidad, las que en sus rasgos ejemplares intentaremos poner de relieve a través de algunos momentos típicos de su vida.

Vaya por delante, y esto tal vez constituya título bastante para hablar de una “España de Gelmírez”, que en

el caos sucesorio de Alfonso VI, cuando Castilla y León, Galicia incluída, eran traspasados de parte a parte por ejércitos y facciones en lucha fratricida, continua y encanada—como un “todos contra todos”—, sembrando por doquier el desconcierto y la ruina; cuando casi cada ciudad y cada villa eran un hervidero de odios y subversiones—la burguesía, el “tercer estado”, comenzaba a adquirir conciencia de su importancia social en germen, y pretendía forzar y anticipar con impaciencia revolucionaria el reconocimiento de sus aspiraciones (4)—; cuando se cuarteaban y desmoronaban los fundamentos de la paz pública y la seguridad del territorio y de las personas, menospreciada y casi inexistente la autoridad del poder monárquico; en esta peligrosa encrucijada histórica, Diego Gelmírez, tras breve expectativa—como para reflexionar y valorar la situación—, toma a su cargo, con el ardor y empeño que sabía prodigar en lo que quería de verdad, la causa del pequeño nieto de Alfonso VI e hijo del otrora gran protector y amigo de Gelmírez, el conde Raimundo, primer marido de doña Urraca; haciendo coincidir en su intervención la clarividencia política y la gratitud personal. En las luchas, pactos y traiciones que siguieron, el arzobispo de Santiago consiguió llevar adelante su designio entre mil vicisitudes de narración interminable; contentémonos con admirar el resultado final:

Muerta la reina Urraca (1126), Alfonso Raimúndez, a la sombra de Gelmírez, se ha convertido en Alfonso VII, monarca indiscutido de León y de Castilla, que años después (1135)—cuatro antes de la muerte del Arzobispo—será coronado emperador “de toda España” y recibirá el homenaje de los señores del Oriente peninsular (5). Y reafirmado así el poder central, y al unísono todos los reinos cristianos, tomará nuevos bríos la cruzada hispánica, culminando en la audaz gesta nacional de la reconquista de Almería.

¿Gelmírez ambicioso?

Tópico que ha tomado carta de naturaleza en muchos manuales de Historia es este de la supuesta ambición devoradora de nuestro hombre. Obispo de Compostela desde 1100, y persuadido íntimamente del honor y predilección divina y del significado ecuménico, católico, que representaba el albergar en su diócesis los restos del Apóstol Santiago, despliega Gelmírez todas sus energías e influencia para ganar el brillo y prerrogativas correspondientes a su Sede en dignidad eclesiástica y en poder y recursos temporales (6). Alcanzará de este modo, entre otros privilegios pontificios, la categoría arzobispal y el traslado a Compostela de los derechos metropolitanos de la antigua provincia de Mérida; los reyes acrecentarán también su jurisdicción y posesiones territoriales hasta el *totius Galliee dominium*, el gobierno de toda Galicia; lo cual supone no sólo un galardón de su fidelidad a la realeza, sino además confianza en sus cualidades de gobierno y un posi-

(1) Extranjero, casado con doña Urraca; el padre de ésta, Alfonso VI, les encargó el gobierno o condado de Galicia.

(2) Cfr. R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, 4.ª ed. Madrid, 1947.

(3) Cfr. M. DEFOURNEAUX, *Les Français et Espagne aux XI^e et XII^e siècles*, París, 1949.

(4) Es el tránsito de la Alta a la Baja Edad Media, en que el incremento de los intercambios comerciales, en relación con una mayor actividad industrial, motiva el desarrollo de los núcleos urbanos y, por tanto, de los ciudadanos o burguesía. Cfr. H. PIRENNE, *Historia económica y social de la Edad Media*, 4.ª ed. esp. México, 1947.

(5) García Ramírez, Rey de Navarra, y Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona y príncipe de Aragón.

(6) Téngase en cuenta la estructura peculiar de la sociedad medieval en las relaciones entre lo espiritual y lo temporal.

tivo provecho para la administración de aquella Galicia erizada de banderías y violencias, y por cuyo sosiego y bienestar no descansaba el buen arzobispo: aludamos aquí a aquellas galeras armadas por él en defensa de las rías gallegas contra las depredaciones de los piratas sarracenos, prefiguración y primeros balbuceos de la marina española. Se ha escrito que el señorío de la Sede compostelana quedó convertido, “bajo la autoridad de Gelmírez, en el dominio inmune más poderoso del Imperio leonés: en el único que podría realmente equipararse, por la extensión de su territorio y la amplitud del poder señorial, a los grandes señoríos feudales de más allá de los Pirineos” (7).

Para iluminar y valorar esos desvelos de Gelmírez, y su trepidante actividad, sin tacharle prematuramente de ambicioso inmoderado, es preciso investigar sus reacciones en momentos de crisis y cuando sus triunfos y él mismo fueron sujetos a dura prueba. Veremos entonces que, por ejemplo, al no acceder los Papas Honorio II e Inocencio II a revalidarle los títulos de legado pontificio permanente — otorgados por Calixto II —, don Diego no se revuelve ni protesta y continúa su misma línea de sumisión fidelísima al Romano Pontífice. Y frente a las repetidas ingratitudes de Alfonso VII, que acoge a sus calumniadores y le amenaza y oprime, el arzobispo, anciano ya, no se insubordina ni decae de sus convicciones, sino que responde generosamente a las exigencias pecuniarias del monarca, aun sacrificando sus bienes personales, siempre que no padezca su amadísima Sede compostelana.

Todavía podríamos aducir otros hechos en que las sospechas de ambición se desvanecen si se conocen las intenciones superiores que movían a Diego Gelmírez; así, pues, lo que perseguía en aquella su tenaz insistencia por disfrutar de la facultad excepcional para acuñar moneda propia — concedida al fin por Alfonso VI — era el “socorrer... la indigencia que la obra de la catedral padecía” (8); y con esta misma solicitud que pudo coronar felizmente las obras de la catedral de Santiago — cuyas bóvedas grandiosas proclaman en eco milenario la magnanimidad de don Diego Gelmírez —, así trabajó por la construcción o restauración de innumerables iglesias, monasterios, edificios públicos, baluartes y obras de defensa, ornamentación de templos, etc.; procuró con esmero y delicadeza el bienestar y acomodo digno de su cabildo, fomentó *fortiter suaviterque*, fuerte y suavemente, la disciplina eclesiástica — siguiendo en todo las orientaciones del Papado (9) —, favoreció al Hospital de Santiago, institución tan propia de la ciudad de las peregrinaciones...

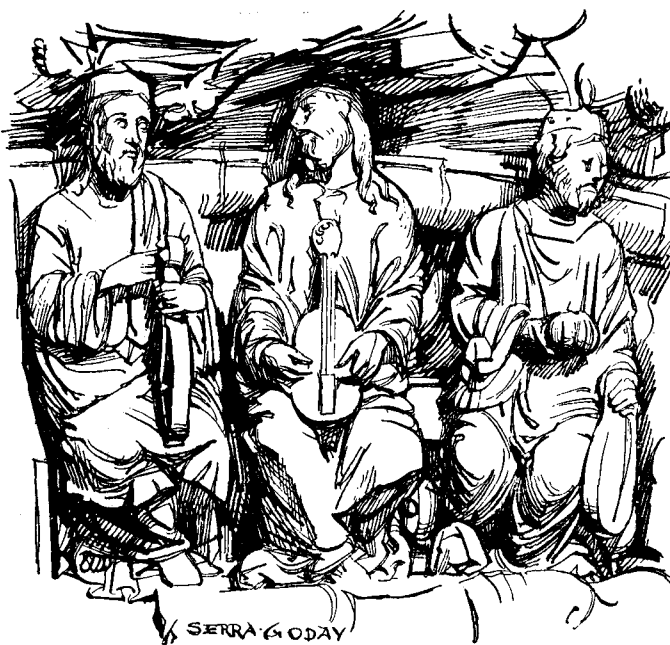
¿Gelmírez tirano impopular?

Al leer la famosa descripción de las rebeldías de los burgueses y el pueblo de Compostela, las intenciones de “linchamiento” y las novelescas persecuciones de que pudo escapar el arzobispo gracias sólo a la habilidad de su ingenio pronto y desenvuelto, por los años de 1117; si no abarcamos del mismo vistazo la trayectoria completa de su episcopado cotejando las diversas fases y altibajos, creeríamos hallarnos ante el déspota clásico derribado por la exasperación y el fuego encendidos con sus propias injusticias. Pero, aun pasando por alto la complejidad de aquellas sediciones y los desgraciados extremos de un movimiento de exaltación muy típico en la psicología de las masas, situémonos en 1121, cuatro años después, y nos maravillará conocer que el pueblo precisamente y el clero compostelanos cierran sus filas en defensa del prelado y

(7) V. L. G. de VALDEAVELLANO, *Historia de España*, t. I, Madrid, 1952, pág. 864.

(8) V. *Historia Compostelana*, trad. por Fr. Manuel SÁNCHEZ y notas de Fr. José CAMPELO, Santiago, 1950, págs. 72 ss. y 437.

(9) Recuérdese que es la época de las grandes reformas eclesiásticas, especialmente desde el Papa S. Gregorio VII (1073-1085).



la reina Urraca ha de libertar a Gelmírez, alevosamente prendido.

Por otra parte, basta repasar muy por encima la legislación dada a Santiago y su tierra por estos años, para convencerse de que el arzobispo fué un gobernante siempre atento a las necesidades y justos anhelos de su pueblo, presto a satisfacerlos con normas y órganos directivos adecuados. En aquellos tiempos de “gran fermentación social, agitados y azarosos, en que se habían multiplicado en Compostela — por el auge asombroso de las peregrinaciones — los órdenes de ciudadanos, la vida pública se mostraba enérgica y expansiva en todas las clases, las relaciones sociales se complicaban según era mayor el número de elementos heterogéneos y más frecuentes los casos de contacto y rozamiento, y según se aprendía a sutillar en materia de derechos y acciones...; desde el principio tuvo que acostumbrarse Gelmírez a resolver de plano muchos casos y cuestiones que, por lo nuevo e imprevisto, no se ceñían bien a las normas de la antigua jurisprudencia. Como es fácil suponer, no siempre pudo hallar la solución más adecuada, y en muchos casos tuvo que apelar a temperamentos que no daban los resultados apetecibles. Él mismo confiesa públicamente — hacia 1125 — *justitiae metam transgressus, erravi*, “habiendo traspasado la meta de la justicia, me he equivocado” (10). Con todo, de él data la institución para Santiago de jueces populares (*justicias* o *alcaldes*) y multitud de providencias en orden a la mayor prosperidad de los ciudadanos y del comercio, a la tutela de los humildes contra la arbitrariedad de los poderosos.

Sincero, humano, compasivo, amante del orden y campeón de la justicia, sabía igualmente perdonar; en su gran corazón no cupieron la bajeza ni el rencor. Afrontó con decisión las conspiraciones e intrigas que le cercaron, como aquella tan cruel de un Guillermo Segú y varios canónigos ingratos, cuando “el anciano venerable, báculo del clero y sustento de los pobres”, apedreado y escarnecido cabe el altar mismo de Santiago, con blandas y dulces palabras rogaba a los buenos “que calmasen del mejor modo los ímpetus y la indignación de los sublevados, y en lo posible negociasen la concordia y la paz”. En el Concilio subsiguiente, al tiempo de ser los culpables fulminados por toda la asamblea, “el benigno padre redarguía a los que voceaban e irritaban a los rebeldes, y rogábales humildemente que no los afrontasen, porque si era verdad

(10) V. A. LÓPEZ FERREIRO, *Fueros municipales de Santiago y de su Tierra*, t. I, Santiago, 1895, págs. 73 y 74.

SEMBLANZA DEL PEREGRINO

Han vuelto a sonar las campanas jubilares de Compostela. Aquellas campanas que, según las viejas crónicas, fueron a Córdoba a hombros de cristianos en los días de Almanzor y tornaron a Santiago a hombros de moros cuando las victorias de San Fernando.

Sus ondas han llegado hasta las islas y Tierra Firme, como las que hace siglos levantaron las proas de las carabelas. Parece ahora más nuevo el brillo del camino de estrellas y más melódicos los nombres del itinerario terrestre. En él, a la voz de las campanas, ha resucitado el peregrino medieval, dechado de los peregrinos de todos los tiempos.

Su estampa ha exornado célebres páginas literarias. Ha pasado por ellas con su sombrero de viaje, hábito humilde, esclavina cuajada de conchas, escarcela terciada, toco ceñidor, sandalia o pie desnudo, bordón y calabacino. Nos han descrito su rostro bronceado por el aire y el sol, luenga cabellera, barbas hirsutas, polvorientas y aborascadas, sin la suavidad y perfume del óleo de Aarón.

Mas no estriba en ese atuendo la grandeza de nuestro peregrino, ni bendecimos la memoria de cuantos le llevaron. A los que iban su camino con la alegre despreocupación o indiferencia de trovadores y juglares, no les empujaban vientos de romería. Y menos, a los vagabundos o malhechores disfrazados, de la misma ralea que los que topó en su huída el escudero manchego.

LA IGLESIA.—Fácil es descubrir la fisonomía del auténtico peregrino a la luz de sus relaciones con la Iglesia y del amparo que la Iglesia le otorgó. Si la Iglesia miraba con predilección a los romeros era porque el virtuoso ejercicio contribuía a acrecentar el tesoro espiritual de aquellos miembros de Cristo.

Estremecidos debían de escuchar los viandantes la súplica del Viernes Santo, lejos de su patria. Al salir de ella habían recibido el Cuerpo del Señor y la bendición especial del sacerdote. Bendecidos estaban el hábito, la escarcela y el bordón. Como hitos seguros les guiaban por los caminos los santuarios del Señor y de Santa María. Y

en los albergues y hospitales les ofrecían los clérigos alivio para el alma y para el cuerpo. En los romeros pensaban teólogos como Tomás de Aquino cuando les eximían del ayuno, en gracia a las santas fatigas de la peregrinación.

LOS PRÍNCIPES.—Ese amor de la Iglesia compartían los príncipes cristianos: les tendían puentes sobre los ríos y les enderezaban los caminos, cual en la profecía mesiánica; porque era palabra de Cristo que a él le socorría quien a un hermano suyo hacía merced. Según las Partidas, no pagarían portazgo los que pasaban en peregrinaje y nadie osaría defraudarles, mudándoles las medidas y los pesos derechos.

En los milagros antiguos repican solas las campanas cuando el alma de un santo sube a la bienaventuranza, o se acercan sus reliquias a las aldeas. A mis oídos suenan más y mejor que tañidos de campanas esas voces de la Iglesia, de los príncipes y del pueblo cristiano. Por ellas he barruntado el secreto del peregrino, los rasgos de su semblante espiritual, los quilates de su virtud.

MOTIVOS.—Múltiples podían ser los fines o motivos de la peregrinación. Unos la ofrecían por voto, igual que el Canciller mayor de Castilla, don Pero López de Ayala, devoto de Montserrat. Otros se hacían romeros para agradecer al Señor o a la Virgen señalados beneficios. Ocurría a las veces un delito tan enorme que el Obispo le remitía al penitente a Roma, a implorar perdón del heredero de las llaves de San Pedro. Y no faltaban cristianos pecadores que espontáneamente iban en romería a los pies del Vicario de Cristo. Pública satisfacción reclamaba el pecado público. Pero aunque el pecado fuese secreto, y secreto el perdón, todavía quedaba en el alma el poso amargo de la pena merecida. Para apurararlo, a quienes no podían sobrellevar los ayunos y vigiliias, imponíanles ofrendas, limosnas, plegarias y peregrinaciones, fuese a los santuarios de su tierra, fuese a los lejanos y de más renombre por su tesoro de indulgencias, como Roma, Jerusalén y Compos-

Viene de la pág. anterior

Don Diego Gelmírez, primer Arzobispo de Santiago

que habían pecado, también podían enmendarse y corregirse" (11).

Gelmírez en la Cristiandad medieval

Si Diego Gelmírez hubiera asistido—cosa que no le permitieron sus enemigos—al Concilio de Reims de 1119, símbolo y expresión significativa de la Cristiandad europea de la Edad Media (12), habría sin duda llamado la atención su personalidad y acaso en las actas de la asamblea o en las crónicas de Orderico Vital saborearíamos algún discurso del compostelano reafirmando la supremacía del Vicario de Cristo o encareciendo aquella universalidad y unidad de la Iglesia Santa, de las que constituía luminosa manifestación aquel aflujo incesante de francos, borgoñones, ingleses, lombardos, alemanes, de todas las na-

ciones, unánimes en la fe, por los caminos de Europa hacia el sepulcro del Apóstol Santiago.

Porque el espíritu magnánimo, de pura raigambre apostólica, de "tan gran pastor" no pudo menos de extravasar los linderos de su diócesis y de su señorío: laboró directa o indirectamente por los destinos de España entera, como hemos visto, y es característica de sus ideales de cruzado aquella prontitud con que corre a la defensa de Toledo, en la coyuntura de una potente ofensiva almorávide—luego de la derrota cristiana en los campos de Uclés—. Contemporáneo de San Hugo de Cluny, de San Anselmo y de San Bernardo, amigo del Papa Calixto II, ayudando, siempre dadivoso, a las grandes empresas e intereses del mundo cristiano— a la Sede romana, a los Santos Lugares de Jerusalén, a la Abadía de Cluny...—, su figura encaja perfectamente entre la legión de grandes hombres y excepcionales cristianos de su tiempo.

(11) V. *Historia Compostelana*, ut supra, págs. 497 ss.

(12) Cfr. *CRISTIANDAD*, núms. 201-202, 1952 (1-15 Ag.), págs. 283 ss.

A.-J. MARTÍN DUQUE

tela. Con los perdones lucrados y las austeridades del viaje satisfacían por la pena.

JORNADAS. — De camino iba esparciendo el peregrino la buena semilla de sus virtudes. Hondura de fe manifestaba al enderezar sus pasos al Sepulcro de Cristo, a la tumba de los Príncipes de los Apóstoles, a la Casa de Santiago.

En las rutas hispánicas del camino francés tremolaban los pendones de la lucha multiseccular por la pureza de la fe.

En la intrepidez de las huestes cristianas aprendía la resignación y la paciencia, la constancia y el ardor viril. Y así no temía la muerte en tierra extraña: o a manos de infieles en Tierra Santa, o en medio del mar, si naufragaba la nave, o en los ríos hinchados, si zozobraba la barca.

No le arredraba la dureza de la jornada. Sabía que, al acabarla, quedarían sus pies lacerados, encallecidas las manos con el bordón, tal vez quebrantada su salud para siempre. Aguaceros de primavera, soles recios de estío. fiebres malignas de todo tiempo podían atentar contra su vida. Mas la esperanza firme del galardón espiritual ponía en olvido las fatigas, la enfermedad y la muerte.

EN NOMBRE DE CRISTO. — Con los peregrinos transeúntes practicaban los fieles las obras de misericordia, y los peregrinos entre sí, la caridad. Congregados por la caridad de Cristo salían de su tierra, seguros de que el Señor caminaba con ellos.

San Buenaventura sospecha que a los discípulos de Emaús se les apareció el divino desconocido en hábito de peregrino. Así lo entendió el artista que esculpió en Silos uno de los famosos relieves, y así lo creían los romeros. De suerte que marchaban sin la angustia y desánimo de Cleofás y su compañero, pero con fe en la palabra de quien prometió su compañía a los reunidos en su nombre.

VIRTUDES. — A la caridad premiada se refiere uno de los milagros del camino francés, el del peregrino que no quiso abandonar a un compañero muerto, aunque la noche se le echaba encima y él era por extremo medroso: apareciósele Santiago y, al amanecer, el vivo y el difunto, como si hubiesen caminado dos días, encontráronse en las cercanías de Compostela.

A la mutua ayuda alude también delicadamente San Buenaventura en un sermón de la Ascensión. Dice que Jesucristo, al subir a los cielos, se nos anticipó, para prestarnos ayuda, como los peregrinos más robustos suelen ser los primeros en saltar al otro lado del foso o zanja, para alargarles la mano a los otros.

A esa caridad de obra se juntaba la de palabra y pensamiento: De la boca de nuestro peregrino brotaban oraciones y salmos devotos, no los cuentos libidinosos de Chaucer, mancha de las almas de sus hermanos y de la propia.

No tenían pensamientos de menosprecio para quienes no les acompañaban en la penitencia y, en vez de su hábito austero, se ataviaban con vestidos finos y suaves al tacto, vistosos y deleitables a los ojos.

En el coro de virtudes que le escoltaban al buen romero, no faltaba la castidad. Con la sobriedad y fatigosas jornadas humillaba las lozanías de la carne. Porque no empezó por castidad y "metióse al camino con su mala ortiga" fué tan azarosa la vía del romero de Santiago, que cantó el maestro Gonzalo de Berceo.

INDULGENCIA. — Largo sería ponderar el fervor de los peregrinos en los santuarios, sus vigiliadas junto al Se-



pulcro de Cristo o junto a las tumbas apostólicas de Roma y Galicia, la emoción de su alma cuando, con la bendición solemne, se les impartían las indulgencias.

RETORNO. — El recuerdo de los Príncipes de los Apóstoles, Pedro y Pablo, la palma de Ultramar, la venera de Compostela, se guardaban en casa del romero cual sagrados memoriales.

Con frecuencia, como en el sobredicho milagro de Berceo, a la peregrinación seguía vida nueva tras los muros de un monasterio. En él esperaba el tardío monje el fin de su peregrinación sobre la tierra. Si sus andanzas anteriores no habían sido edificantes, doblaba su penitencia, "vida buena haciendo, en bien perseverando, del mal se repintiendo".

HOY. — Pasó la edad de oro de los peregrinos con esclavina, venera, bordón y calabacino. Si bien es perpetua la mística romería que con primores alegóricos encumbraron el maestro Valdivielso en "El Peregrino", y Calderón en "El Año Santo de Roma". El tesoro de indulgencias que hoy podemos lucrar sin molestias ni fatigas, es mucho mayor que el conseguido por aquéllos a fuerza de sudores. Mas esta ventaja muévanos a bendecir la generosidad maternal de la Iglesia, y no sea parte a menoscabar nuestra veneración ni entibiar el elogio de la aspereza medieval.

Y si, por religioso atavismo, vamos camino de Santiago, fáltennos en buen hora las apariencias antiguas, caducas y efímeras; pero cuidemos de que no sea estéril la jornada porque nuestra alma no va engalanada con las virtudes interiores de los romeros de antaño.

P. ANSELMO DE LEGARDA, O. M. Cap.

DE LA TRASLACION Y DESCUBRIMIENTO DEL CUERPO DE SANTIAGO,

Según sabemos por la verdad del Evangelio, al subir Nuestro Señor y Redentor Jesús a los cielos el día cuadragésimo después de su Resurrección, mandó a sus discípulos predicar el evangelio por todo el mundo y bautizar en el nombre de la Santa e Individua Trinidad a las gentes, una vez convertidas a la verdadera fe: *Id — les dijo — por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura, et cetera*. Así, pues, pasando los demás Apóstoles a diversas provincias y ciudades, deseosos de predicar el evangelio según el precepto del Señor, Santiago, hermano de San Juan apóstol y evangelista, predicó el evangelio en España y en Jerusalén, donde por confesar a Cristo y aseverar la fe católica fué degollado por Herodes, siendo el primero de los apóstoles que padeció el martirio, como lo refiere San Lucas en los *Hechos Apostólicos*, diciendo: *Envió tropas el rey Herodes para maltratar a algunos de la Iglesia, e hizo degollar a Santiago, hermano de Juan*.

Los judíos, llevados de rencor y malevolencia, no quisieron sepultar el venerando cuerpo del felicísimo apóstol; tampoco permitieron a los cristianos, que entonces habitaban en Jerusalén, que le diesen sepultura, antes bien, como dice San León Papa en la epístola que sobre su pasión y traslación a España, dirigió a los españoles, *arrojando el cuerpo junto con la cabeza a fuera de la ciudad para que lo devorasen los perros, aves y fieras, lo dejaron expuesto a ser consumido*. Mas sus discípulos, prevenidos por él, cuando aún vivía, de que trasladasen su cuerpo a la región española para darle sepultura, arrebatando de noche el cuerpo íntegro con la cabeza — como atestigua el papa León — caminaron con apresurado paso hasta la ribera del mar, donde estando preocupados por la falta de embarcación para pasar a España, hallaron a la orilla una nave, preparada por disposición divina, a la cual subieron

muy gozosos, dando unánimes gracias a Dios después de haber acomodado en ella al sacratísimo cuerpo. Luego, haciéndose a la vela y declinando igualmente de Escila y de Caribdis, lo mismo que de las peligrosas Sirtes, arribaron con próspera navegación, bajo la mano del Señor que los guiaba, al puerto de Iria. Después llevaron el venerable cuerpo a un lugar que entonces se llamaba Libre-don, y hoy se dice Compostela, donde lo sepultaron religiosamente bajo unos arcos marmóreos (*sub marmoreis arcubus*).

En este lugar había estado floreciente desde antigua la religión cristiana entre los que profesan la fe católica, mas, arreciando la tempestad de la persecución y conculcada la dignidad del nombre cristiano por la orgullosa tiranía de los paganos, casi todo el culto de la religión cristiana desapareció por largo tiempo. Durante, pues, la irrupción de los sarracenos, y aun por muchos años después de la restauración de los fieles, el venerando sepulcro del Apóstol, no siendo frecuentado por las visitas de cristiano alguno, quedóse muchísimo tiempo cubierto por espesos arbustos y maleza, sin que de nadie fuese conocido, ni a alguno manifestado hasta la época de Teodomiro, obispo de Iria. Mas cuando plugo al omnipotente Dios visitar a su fatigada Iglesia y cambiar sus adversidades en tranquila prosperidad, en un instante mudó con su poderoso imperio los tiempos, transformó el reino de España, y conculcada y del todo aniquilada la gentilica superstición en la región española, suscitó en ella el nombre y la fe de su Cristo.

* * *

A los sobredichos Obispos dícese que sucedió Teodomiro, sublimado por la gracia de Dios a la misma cátedra. En su tiempo se dignó la divina Majestad visitar e ilustrar la iglesia occidental con la manifestación del sepulcro del grande Apóstol. En qué manera le fué revelado a aquél, muéstralo la página siguiente.

Unos personajes, varones de grande autoridad, fueron al mencionado obispo, y le refirieron como habían visto muchas veces de noche ardientes luminarias en el bosque — que durante muchos años había crecido sobre la tumba del glorioso Santiago —, y también que un ángel se había aparecido allí frecuentes veces. Oído esto, fué él mismo al lugar donde afirmaban haber visto tales cosas; y vió, sin género de duda, por sus propios ojos las luminarias sobre el lugar referido. Movidó luego por la divina gracia, entróse aceleradamente en el mencionado bosquecillo y, registrándolo con gran diligencia, halló en medio de malezas y arbustos una casita que contenía en su interior una tumba marmórea. Hallada la cual, y dando gracias a Dios, pasó sin dilación a verse con el rey Alfonso el Casto, que a la sazón reinaba en España, y le notificó exactamente el suceso tal como lo había oído y por sus propios ojos visto.

El rey, rebotando en gozo por tan importante noticia, vino con paso acelerado a estas partes, y restaurando la iglesia en honor de tan gran Apóstol, cambió el lugar de la residencia del obispo de Iria por éste que se llama Compostela, con autoridad de muchos obispos, siervos de Dios y nobles señores, y con privilegio real. Sucedió todo esto en tiempo de Carlomagno, según lo oímos contar a muchos.

En cuanto al obispo Teodomiro, viendo la frecuencia de los milagros con que resplandecía el glorioso Santiago, después de habersele erigido la basílica, elevaba con la mayor confianza los ojos del alma a la consideración de la patria celestial; así que, provisto de la esperanza de los bienes del cielo, y transcurrido algún poco tiempo, dejó seguro la vida, mediante el desenlace final.

(*Historia Compostelana*, trad. por Manuel SÁNCHEZ)



LA ORDEN MILITAR DE SANTIAGO

Su origen se pierde en las sombras del tiempo y de la falta de noticias exactas. Santo Domingo de la Calzada, San Juan de Ortega, San Lesmes y otros solitarios construían o arreglaban caminos y puentes y levantaban hospitales donde pudiesen recogerse los peregrinos que iban a Compostela.

Los canónigos regulares de San Eloy en León se dedicaban al servicio de los peregrinos y habían edificado con este fin algunas casas, entre ellas la célebre de San Loyo, o San Eloy, que les dió nombre.

El año 1161 encontramos a doce caballeros de León que, arrepentidos de la vida licenciosa y aventurera que hasta entonces habían llevado, determinaron unirse en forma de congregación para atender a la defensa y seguridad de los peregrinos; era su jefe un caballero llamado don Pedro Fernández de Fuente-Encalada, en la diócesis de Astorga, hombre que nos pintan las crónicas esforzado y entendido.

El año 1142, o en el de 1161 como quieren otros, se establecieron en Cáceres los llamados *fratres, freires, seniores*, y caballeros de Cáceres. Como la conquista definitiva de esta ciudad no fué hasta 1184 por el Rey D. Fernando II, explican la diversidad de fechas, diciendo que, habiendo vuelto Cáceres a poder de los moros, los freires se refugiaron en León, volviendo de allí a su casa después de la reconquista.

Y vamos a dar ahora una tradición local que enlaza la fundación de la Orden Militar de Santiago con la batalla de Clavijo. En la provincia de Logroño existe un pueblecito llamado Valdeosera, famoso por las trece divisas o trece linajes de donde descienden familias muy principales. Existen allí unos documentos cerrados bajo siete llaves en un arcón antiguo, siendo su estudio sumamente difícil por haber de reunirse los Diversos o sus representantes, que guardan las llaves y ocurre vivir en pueblos distintos. Al folio 5 del libro, que parece más antiguo, se lee: "Relación verdadera de la antigüedad e fundación de la villa y solar de Valdeosera, que es de diócesis de Calahorra y la calzada, y de los señores diviseros della". Relata el tributo de las cien doncellas, la batalla de Clavijo y aparición de Santiago y prosigue: "Alcanzada esta tan insigne Bitoria bajó el Católico rey Ramiro a Logroño y edificó la iglesia que hoy está a Onor de Señor Santiago... e instituyó la orden de los caballeros de Santiago que, como sabemos, está hoy en día en tanta pujanda y Onor y dejó por alcaide de los dos castillos de Clavijo y Viguera e guarda de la frontera... a Sancho de Tejada". De 925 a 1045 era frontera entre moros y cristianos la tierra de Arnedo, Valdeosera y la sierra, especialmente el Camero Viejo.

Es probable que todas estas empresas aisladas se encauzasen hacia el fin común, que todas perseguían, y, naturalmente, al frente de todas las fracciones quedase la más poderosa y mejor disciplinada. Lo cierto es que el doce de febrero de 1171 aparece ya "D. Pedro Fernández (de Fuente-Encalada) Maestre de los Caballeros de Santiago, recibido como socio y canónigo de la Iglesia de Compostela"; y el día 5 de Julio de 1175 era aprobada como Orden religioso-militar por la Bula "Benedictus Deus in donis suis" dada en Ferentino por el Papa Alejandro III. El año 1187 el Papa Gregorio VIII les dió la regla de San Agustín en 71 capítulos.

La insignia de la orden es una espada encarnada en forma de cruz alargada. Los Reyes Católicos asumieron en un principio la administración de la Orden, nombrando Gran Maestre y administrador en su nombre a D. Alonso de Cárdenas. En 1493 el Papa Alejandro VI vinculó el título de

Gran Maestre a Fernando el Católico y sucesores. Adriano VI, en 1523, la unió para siempre a la corona de España.

Rades y Andrada dice que la Orden Militar de Santiago trae su primer origen de la batalla de Clavijo, aunque su forma verdadera de Orden religioso-militar la adquiriese más tarde.

Los mismos reyes juzgaron un honor ser caballeros de Santiago y tuvieron por devoción acogerse a la milicia bajo el nombre del Apóstol. "Cuando refiere Juan Núñez de Villacián cómo se armó caballero el rei D. Alonso XI dice: "Y entró así de pie en la ciudad y en la Iglesia de Santiago: y veló toda la noche teniendo sus armas encima del altar: y en amanesciendo el Arzobispo D. Juan de Limia díjole una misa y bendijo las armas: y el Rei armóse de todas sus armas, de yelmo y de gambar, de loriga, y de quijotes, y de cañiletas, e zapatos de fierro: e ciñóse su espada, tomando él por sí mismo todas las armas del altar de Santiago, que ge las non dava ninguno, salvo el mesmo por su mano: e la imagen de Santiago, que estava encima del altar, fizieron que la imagen mesma le diese la pescozada al Rei: y desta guisa rescivió cavallería este rei D. Alfonso del Apóstol Santiago". "D. Alonso Núñez de Castro, hablando del Rei D. Henrique I, dice: "El monasterio de las Huelgas (Burgos) tiene recibido que fué coronado en dicho Monasterio, y que en memoria de esto se conserva una imagen del Apóstol Santiago, Patrón de España, la cual con artificio juega los brazos, y añaden según la tradición, que la misma imagen le puso el cetro en las manos y la corona en la cabeza".

(De la Obra de Julián Cantera «La Batalla de Clavijo y la aparición en ella de nuestro Patrón Santiago».)



A SANTIAGO

Oda de Fray Luis de León

Las selvas conmoviera
las fieras alimañas, como Orfeo,
si ya mi canto fuera
igual a mi deseo
cantando el nombre santo Zebedeo.

Y fueran sus hazañas
por mí con voz eterna celebradas,
por quien son las Españas
del yugo desatadas
del bárbaro furor y libertadas.

Siempre venció tu espada,
o fuese de tu mano poderosa,
o fuese meneada
de aquella generosa
que sigue tu milicia victoriosa.

De tu virtud divina,
la fama que resuena en toda parte,
siquiera sea vecina,
siquiera más se aparte,
a las gentes conduce a visitarte.

El áspero camino
vence con devoción, y al fin te adora,
el franco, el peregrino
que Libia descolora,
el que en Oriente, el que en Levante mora.

SAN FRANCISCO PEREGRINO

Aloumiñou c-os ollos canto tiña arredor,
abrangueu o caxato e bendixo al Señor;
imos, hirmaus, imos, o mesmo qu'un Rey Mago
cumprir os nosos votos ó Apóstolo Sant-Iago.

Il faranos a todos de Cristo cabaleiros;
co seu espaldarazo, cen mil mundos inteiros
poderemos aixiña pra Cristo conquistar,
Rey inmortal dos sigros, Señor da terra e mar!

Dixo e cantando un hino na louva do hirmau Sol,
colleu cara Ocidente, pro solar hespañol
onde durmen seu sono unhos osos sagrados
con meirande cubiza por todos visitados.

Il era o San Farruco de Asis: aló na Umbria
cinguiu por Cristo as armas e por Santa María;
e como cabaleiro chegábase as velar
a soma do Sant-Iago, de todos exemprar.

Faciana branquecida, corpo espubilitado,
¡quén dixera d'il que era o mais baril soldado!
por Cristo, noite e día con esforzo loitaba,
pra Cristo, moitas terras aixiña conquistaba,

Il foi dos cabaleiros a mais dourada estrela
que lumbregou un tempo no ceo de Compostela,
¡Hoxe aínda acendido lostrega o seu ronsel
que brila como espada feita de lus inxel!

AVELINO GOMEZ LEDO

Romanceiro Compostelan



SANTIAGO EL MAYOR

LA DIALECTICA DE JESUCRISTO

I. «Ut caperent Eum in sermone»: Lc 20 20

En Jesucristo todo es definitivo como el perfil de las montañas. Y todo — sus acciones, sus ejemplos, sus palabras — constituyen una meta insuperable para los hombres de todas las edades. Es sencillamente inagotable. Cada época y aun cada individuo reavivan un rasgo concreto del Maestro. Pero Él queda aún muy por encima. Sus riquezas siguen tan intactas como el primer día, cuando apareció ante las turbas y las dejó maravilladas.

Entre los rasgos humanos del Maestro — los divinos son mucho más deslumbradores — las enseñanzas de Jesús han sido repetidamente estudiadas. A través de ellas la personalidad del Señor adquiere tonalidades sobrehumanas, en nada inferiores a las que brotan de sus milagros o sus padecimientos.

Un solo aspecto de su enseñanza, y ceñido lo más posible a la poquedad de un artículo, nos va a servir para pensar un poco más a Jesucristo. Estudiemos su dialéctica.

Jesús, aunque por su origen divino está por encima de las diversidades y contingencias humanas, con todo, su alma de hombre es de un país y de una época (1). Y Jesucristo se acomoda, así como en sus costumbres, en sus enseñanzas, y en el modo de hacerlas, a las tradiciones de su pueblo.

Israel había elaborado desde siglos un sistema de enseñanza: sistema más bien intuitivo y sentencioso, que no lógico y ceñido, como el de los grandes maestros de Grecia, o imaginativo y sentimental como en las viejas escuelas de tradiciones sagradas de la India.

Así las enseñanzas de Jesucristo no tienen resabios de Grecia, Alejandría o el remoto Oriente. Todos los autores, así judíos como cristianos, insisten en el estilo netamente indígena de la pedagogía del Señor (2).

Con todo y dentro de la tradición hebrea, la posición de Cristo es tan única, tan independiente y personal, que es imposible catalogarla como una más entre las acreditadas escuelas rabínicas, por ejemplo de la Hillel, codificadora de los "middot" (3).

Por de pronto el elemento sobrenatural, divino, irrumpe continuamente. La predicación, las enseñanzas de Jesucristo van sostenidas por una cadena de milagros, como hace notar Lebreton (4). Pero prescindamos de este rasgo divino que por sí solo pone ya al Salvador sobre todos los Rabinos judíos. Aun sus mismos procedimientos humanos nos obligarán a ver en Jesús, al "Maestro" incomparable.

Su autoridad está en Él. Casi nunca se detiene para alegar dichos de otros. La misma Escritura la emplea, no como simple cita que corrobore su dicho, sino como mera apelación al espíritu de la Ley y los Profetas. Es decir que no apoya su razonamiento en la Escritura, sino que, al contrario, apoya la Escritura en sus palabras, en su persona, y les da así un valor que no habían conocido los rabinos.

No se entretiene su espíritu en largos razonamientos. Sus frases son cortas, decisivas, y su mayor fuerza la encuentra en Él mismo, en que es su palabra; y de un modo tan luminoso que dirime ineludiblemente la cuestión. ¡Qué lejos quedan de esto, no sólo los Escribas y Fariseos, sino aún Juan y el mismo Pablo, que tanto se esforzará en amontonar razones y explicaciones hasta anonadar a su contrincante!

A Jesucristo le bastarán poquísimas frases — sus dis-

(1) Alfred Durand: Pour qu'on lise l'Évangile: "Études" 1912, p. 145 y siguientes.

(2) Grandmaison: Jésus-Christ, II, p. 108.

(3) J. Bonsirven: Les enseignements de J. C. p. 28.

(4) Lebreton: artículo *Jésus-Christ*, en el "Dictionnaire de la Bible"; Suppl. Piret.

usiones difícilmente se alargan —, para dejar firme un programa de vida y una moral que luego de veinte siglos persevera íntegra. "Ahí está el problema de Jesús, ha dicho Jacques Leclerq, no en su doctrina, en su obra, sino en su persona" (5).

Alfredo Durand ha escrito (6) que Jesucristo rara vez recurría a la argumentación propiamente tal, logística o silogística. Pero las discusiones y controversias de Cristo con los judíos son permanentes en toda su vida pública.

Muchos son los pasajes que hemos compulsado para llegar a las conclusiones de este ensayo (7). Circunstancias y temas varios nos van dando los rasgos de la manera dialéctica del Divino Maestro. En esta nota sólo explanaremos un pasaje evangélico, aunque en las conclusiones tendremos en cuenta otros muchos, que el lector podrá fácilmente verificar.

II. «Tu ergo quid dicis»: Jn. 8, 5.

Curación en sábado. (Mt. 12, 9-13)

En el segundo año de la vida pública. El sábado será muchas veces manzana de discordia entre Escribas y Fariseos, leguleyos ridículos, inhumanos, y Jesucristo, "señor hasta del sábado". La curación del paralítico de la piscina (Jn., 5, 1-8), las espigas arrancadas en sábado (Mt., 12, 1-8), el hidrópico curado en Jericó (Mt., 14, 1-6)... darán ocasión a una polémica crónica, si bien cada vez las respuestas del Maestro adoptarán un matiz diferente, concreto, según las circunstancias.

La curación en sábado del hombre de la mano paralizada, es dramática, indescriptible. Un sábado en la Sinagoga. Allí, en primer término, un hombre con una mano desgraciada. Jesús lo ha mirado varias veces durante su explicación... Los Escribas y Fariseos espían, a ver si le cura en sábado. Magnífica acusación: curar en sábado, allí, ante las barbas de los doctores, que han discutido largamente en su absurda casuística, y han decretado que no podía ejercerse en sábado el arte curativo.

Y como no pasaba nada, y se iba acabando la sesión, un Escriba más ladino que los otros, quiere ponerle en el aprieto y le pregunta con mal disimulada malicia:

—Rabí, ¿es lícito curar en sábado?

Todas las corvas narices de los maestros se dirigen a Jesús. Realmente, ¿cómo no se les ocurrió antes evidenciar al Rabí independiente ante todo el pueblo, como farfante y quebrantador escandaloso de los preceptos de la Ley? O al menos hacerle aparecer ante las gentes que le idolatran, como un maestro tan vulgar como los demás, tan intransigente, rígido, inmisericorde... ¡Y tiene que constestar!... Si se calla, si escapa o disimula... ¡Oh, no; ellos le urgirán!...

En la Sinagoga todos han clavado los ojos en el Rabí. Hay un silencio denso, tirante, duro. Jesús se vuelve lentamente al desgraciado y le dice:

—Levántate y ponte en medio.

La tensión aumenta en la sala. Aquello es ya una respuesta y bien directa. Nadie ha mencionado al hombre. No hace falta. Jesús penetra la intención del adversario y la quiere evidenciar. Ahora se dirige a los atacantes. Como tantas veces se ve en el Evangelio, y era por lo demás forma muy usual en la dialéctica judía, Jesucristo contesta dirigiendo otra pregunta:

(5) J. Leclerq: Diálogo del hombre y Dios, p. 158.

(6) A. Durand: l. c.

(7) Por ejemplo, en Mt., 9, 14-17: el ayuno; 12, 1-8: espigas del sábado; 15, 1-9: purificación de las manos; 19, 1-12: sobre el matrimonio; 22, 15-22: tributo del César... En Jn., 2, 13-22: vendedores del templo; 6, 25-33: el pan del cielo; 7, 11-29: discusiones en el templo; 8, 12 ss.; en el gazofilacio; 10, 22-42: "el Padre y Yo..."

—Os pregunto Yo a vosotros (Maestros y guías de Israel): ¿Es lícito en sábado hacer bien o hacer mal, salvar la vida o matar?

La escena ha cambiado maravillosamente. Los acusadores se han convertido en reos una vez más. Ahora son ellos los llamados a juicio ante la Asamblea, con una sola frase del Rabí. Se ven completamente al descubierto, y toda su ciencia sabática se encuentra embarazada. Nadie absolutamente chista. No es fácil que ellos acierten a contestar a una pregunta tan elemental y clara, sin que se tambalee todo su andamiaje legalista.

Jesús espera la contestación. Por la sala hay una sensación de simpatía hacia el Maestro vencedor. Contesten lo que contesten, están fracasados: ¿Que es lícito hacer el bien? —Entonces, ¿por qué preguntan si se podía curar en sábado? El proceder misericordioso de Jesús quedará triunfante.

¿Se atreverán a decir que es lícito hacer mal en sábado? ¡No es posible! ¡Sería demasiado irracional! ¡Y lo peor es que en el terreno en que Jesús ha colocado la cuestión no hay una salida intermedia! Allí, de pie, está el hombre con su mano paralítica: es como el término medio de aquella argumentación. O bien se le hace el bien que es posible — ¡se le cura en sábado! — o se le deja en su desgracia, pudiendo sanarle; es decir, se le hace mal. No salvar la vida a uno que está hundiéndose, cuando se podía hacer, no es simplemente dejarle morir, es matarle — ¡hacer mal en sábado! —.

Esto lo entienden perfectamente los maestros de Israel. Por eso callan. Jesús quiere hacerles más esplendorosa y patente la verdad, ponerles en la boca la contestación. Así les va a urgir, disparando un argumento "ad hominem":

—¿Quién de vosotros, teniendo una oveja sola, si cae un sábado en alguna hoyita, no la sacará?...

Los doctores, abrumados por el nuevo argumento, aumentan todavía el silencio. El murmullo jubiloso del pueblo sirve de respuesta afirmativa. Ahora el Señor completa el cerco con un "a fortiori" fulminante:

—¡Pues cuánto más vale un hombre que una oveja!...

La soberbia y la vergüenza juntas han embotado hasta tal punto aquellas mentes canas, que no aciertan a sacar la conclusión. Para raciocinar hace falta también un corazón sincero... Bien; si ellos son incapaces de deducir la conclusión, la formulará Él mismo:

—Así que, ¡es permitido en sábado hacer bien!...

Un reprimido grito de júbilo se propaga entre los asistentes a la Sinagoga. Jesús pasea por sus adversarios una mirada penetrante, severa, casi terrible, nublada por un brillo de tristeza, ante la obstinación de aquellos seres ruines. Luego se dirige al hombre de la mano — el término

medio latente —: su rostro es ahora inmensamente dulce y compasivo. Va a sacar la última consecuencia del debate. Pero con una maestría insuperable. Le argüían que no debía "curar" en sábado. Él ha dado media vuelta a la cuestión, la ha centrado y ha deducido que era lícito hacer bien en sábado. Ahora va a hacer bien a aquel pobre, en sábado, pero sin "curar", sin "hacer" nada, ni siquiera un gesto de su mano divina. Es el rasgo sobrenatural que siempre fulgura al final de toda controversia:

—Extiende tu mano — dice al desgraciado afortunado.

Y la extendió, y le quedó perfectamente sana como la otra.

Los Escribas y Fariseos, enteramente corridos, se mordían los labios. En la teoría casuística han quedado sin palabra. En la práctica, Jesús sana a aquel hombre, en sábado, y lo hace "sin curarle", sin darles el más pequeño agarradero por donde pudieran acusarle de quebrantador del sábado. ¿De qué van a inculparle? ¿De que "dijo" en sábado, "extiende tu mano"? ¡Oh!, el joven Rabí, ¡cómo se les escapaba!

Necios, ilógicos y ciegos, sólo encuentran una contestación a aquella dialéctica formidable: la contestación de los miserables de todos los tiempos: ¡hay que darle la muerte! En realidad, la divina superioridad de Jesús, sobre aquel enjambre de maestros pedantes; la fuerza invencible de su argumentación que les dejaba siempre humillados, fué tal vez de lo que más contribuyó a exacerbar su odio hasta la muerte. ¡Era demasiada luz para sus almas oscuras!

Otros pasajes, también de alta significación en el asunto que nos ocupa, serían el del paralítico de Cafarnaum (Mt., 9, 1-18), de la mujer adúltera (Jn., 8, 1-11), de la po testad de Cristo (Mc., 11, 28-33). Todos van probando, en distintos aspectos, la maravillosa y penetrante fuerza dialéctica del Señor.

III. «Numquam sic locutus est homo sicut hic homo»: Jn. 7,46.

Intentemos ya formular, aunque muy provisoriamente, en espera de un estudio más completo, algunas características peculiares de la dialéctica de Jesucristo.

No es fácil reducirlas a cánones, y cada una de ellas está armonizada con las otras tanto que no carece de peligro citarla como elemento separado. No olvidemos, pues, que cada rasgo se debe a los demás. Y que la única visión menos depauperada del magnífico estilo dialéctico del Señor, la hemos de buscar en el conjunto.

Ante todo, Jesucristo centra perfectamente, luminosa-

Preciso es recordarlo enérgicamente en estos tiempos de anarquía social e intelectual en que todos sientan plaza de doctores y de legisladores, no se edificará la ciudad de modo distinto a como Dios la edificó; no se edificará la sociedad si la Iglesia no pone los cimientos y dirige los trabajos.

No, la civilización no está por inventar, ni la ciudad nueva por edificar en las nubes; ha existido y existe: es la civilización cristiana, es la ciudad católica.

mente, la cuestión que los adversarios le han propuesto de un modo ladino, borroso (Mt., 12, 9 y s.), o que ni siquiera le han formulado (Mt., 9, 1 y s.). Y si la propone Él —lo que sucede raras veces— lo hace tajantemente, con diafanidad (Mc., 12, 35 y s.). Siempre algo concreto, inmediato, casi tangible: el hombre enfermo, la moneda del César, el rico propietario...

Dilucidado bien el estado de la cuestión, de aquel modo nítido, objetivo, casi infaliblemente, Jesús, a la primera contestación toma maravillosamente la iniciativa, y de reo atacado se convierte en atacante y juez. Le argüirán del sábado, de las curaciones, del ayuno, de perdonar pecados, de las abluciones, de la resurrección, de la Ley... Siempre, a la primera palabra, Jesús es el dueño de la situación, y en vez de mantenerse a la defensiva, ha metido indubitadamente a sus adversarios en un callejón cerrado (Jn., 6, 25 y s.; 8, 1 y s.; 10, 22 y s.; Mt., 12, 1 y s.; 13, 53 y s...). Se comprende bien el despecho y rabia de aquellos dialécticos, eternamente "en el saco".

El debate comenzado, de repente, sin que el enemigo se lo vea venir, zumba como la piedra de una honda, el argumento "ad hominem". Y no de un modo aparatoso, profesional, sino naturalmente, y hasta con un imperceptible dejo de ironía (Mt., 12, 27; Lc., 13, 15; 14, 5...). Muchas veces ese "ad hominem" se encarna en un testimonio de la Escritura, pues ellos atacaban parapetados en los Libros santos. Esto era, por una parte, una condescendencia del Rabí independiente. Mas, por otra, resultaba una maza terrible para los judíos, que se veían aplastados con sus mismos argumentos: su Ley y Profetas. ¡Entonces se evidenciaba que ni aun las Escrituras entendían! (Mc., 12, 24). Y cuando sus filacterias ya no les sirven para nada, Jesús les cerca con un "a fortiori", profundamente humano en ellos, sobrenatural en Él (Mt., 7, 11; 7, 25; 10, 25...).

Esto es casi siempre un último paso, luego que la controversia ha quedado ya claramente a su favor y los contrarios no tienen la nobleza de decir "sí". Esta mezquindad le obliga a cerrar más su argumento: los Escribas y Fariseos quedan cazados dentro, a la vista de todos.

A medida que avanza el argumento, Jesucristo lo ha ido sublimando hacia las cumbres de lo eterno, de lo universal; y del caso estrecho o ridículamente picante que le proponen (Mc. 10, 3 y s.; 12, 19 y s.; Jn., 8, 1 y s...) sube a los soberanos principios trascendentales, según los designios del Creador: unidad y santidad del matrimonio, justicia, sinceridad, el sábado para el hombre y no el hombre para el sábado...

Y llegamos al desenlace. La conclusión es siempre inapelable. Se impone por ella misma, sin dar lugar a nuevas instancias y sin permitir retiradas con disimulo. En buena lógica no hay más que decir, y es evidente la conclusión (Mt., 21, 23; Jn. 2, 13 y s...). Por eso, ya lo insinuábamos más arriba, a sus conclusiones no pueden oponer más que una instancia: ¡Hay que darle la muerte! (Mt., 12, 14).

La hipocresía, el error, la mezquindad, quedan más que vencidas, trituradas. Pero el hombre, el adversario, es tratado con una delicadeza y caballerosidad increíbles. Aun cuando el ataque contenga una calumnia o una frase de escarnio (Mt., 12, 24 y s.), ni por un momento Jesús pierde su dominio y serenidad simplemente sobrehumanas. Jamás le encontramos acalorado en una discusión. Ni siquiera en el proceso de su Pasión, en donde la injuria y la injusticia son constantes, tendrá una frase nerviosa, de tensión.

Pues bien, toda esta maravillosa dialéctica tiene siempre un aspecto sencillo, ingenuo, sin tortuosidades. Es brevísimo, y con un número inverosímil de palabras, da a sus respuestas evidencia desconcertante, envuelta muchas veces en el atavío claro y gracioso de semejanzas y

metáforas, corrientes a un tiempo entre el vulgo y los eruditos (Mt., 12, 3; Mc., 2, 9...).

Mas por otra parte brilla al final de sus discusiones —si no siempre al menos la mayor parte de las veces— un halo de divinidad, de mesianismo, no pretendido, pero fulgurante, involuntario, como un resplandor incoercible que se la ha ido escapando. Ese es el reguero de luz divina que queda siempre luego del paso de Jesús. Unas veces será el milagro mismo (Mt., 9, 1 y s.; Lc., 13, 10 y s.; 14, 1 y s...). Otras no es un milagro sensible, sino una palabra mesiánica de poder (Jn., 2, 13; 6, 25; Mt., 12, 38...) o de misericordia (Jn., 8, 1; Mt., 9, 14; Mc., 2, 13...). Algo que abriera los ojos de aquellos ciegos y guías de ciegos, que estaban pecando contra la Luz.

Armonizar todos esos elementos, darles un gesto, un timbre de voz, una mirada; los de Jesucristo. Y rodearlos, de su medio palestino: aquel cielo, aquellas montañas y campiñas, aquel pueblo sencillo y aquellos maestros soberbios, hipócritas... y empezaremos a entender el milagro moral de la dialéctica del Señor, tan natural y tan honda, inapelable y luminosa, tan divina y tan humana.

IV. «Erat Lux vera illuminans omnem hominem»:

Jn. 1,9.

"Et tenebrae Eam non comprehenderunt": y las tinieblas no quisieron admitirle. ¡El gran misterio de la oscuridad!

Ni los místicos "sanyasis" de Oriente, ni la palabra admirable de Sócrates, o la lógica platónico-aristotélica habían sembrado tanta luz por la tierra, y juntamente tanta dulzura, tanta bondad, tantos valores sobrehumanos. En Demóstenes será la dialéctica de una erupción volcánica, que se ensaña con todo lo que se opuso a su camino. Y Cicerón con su gesto académico aburguesado, argüirá de un modo relamido y artificioso, para recoger una salva de ovaciones y volver a su casa rodeado de un enjambre de "clientes" aduladores.

Sólo el Señor ha hablado de un modo que no se repetirá otra vez sobre la tierra. Será adolescente, en aquella discusión furtiva, con los doctores del Templo; o en la vida pública, cuando le ataquen abiertamente o le envíen espías para tenderle lazos; será en los días del entusiasmo popular que le salvaguarda, o en el momento del fracaso, cuando todo esté en contra... Él siempre hablará, se defenderá, argüirá, con aquel estilo señero, seguro, inimitable. Los hombres necesitamos hacer valer nuestros derechos y nuestras razones — ¡a veces "sin-razones"! — con palabras apremiantes, nerviosas, con frecuencia excesivas... ¡Él, no! Eternamente seguro, en su gesto, en su porte, en su voz, reluce lo sobrehumano. Su inteligencia no labora penosamente para evadirse de un apuro o hallar una respuesta que le sincere. La intuición divina se lo esclarece todo. Conoce todas las salidas del infeliz que le ataca, y lo paraliza con una frase. Luego lo baña de luz, le tiende la mano, por si quisiera regenerarse.

Maestro supremo y modelo, lleno de gracia y de verdad, ha trazado la senda definitiva de lo bello y lo verdadero. Acercarse a su estilo, imitarle, será siempre incorporarse a la triunfal comitiva de la Luz. Enfrentarse con Él es volver al caos, a la noche, a la nada.

Lucha antigua de la Luz y las tinieblas. "Ut caperent Eum in sermone": para cogerle en palabras. Pero jamás ni una sola vez, pudieron las tinieblas sofocar a la Luz.

"Erat Lux vera illuminans omnem hominem veniens in hunc mundum": Es que era la Luz verdadera, que había venido a este mundo, para iluminar a todos los hombres.

José L. Micó BUCHÓN, S. I.

Colegio de San Pedro Claver
Raymat (Lérida)



Un caso de conciencia literario (*)

Mucho esperamos y muy confiadamente de todos los católicos españoles.

A todos nos dirigimos y exhortamos a respetar y acatar con docilidad y exactitud estas *normas y orientaciones nuestras, que fluyen como ineludible consecuencia de los principios básicos de la Fe y la Moral cristianas y de las enseñanzas pontificias.*

Ténganlas presentes, ante todo, los periodistas y publicistas de cualquier género, ya que todos ellos en nuestra Patria, afortunadamente, ostentan hoy el título de católicos e hijos sumisos de la Iglesia.

Présténles su valioso y decidido apoyo los Poderes públicos y organismos estatales, de quienes más directamente dependen los órganos y medios de propaganda y publicidad.

Y será un paso gigante que habremos dado en purificar moralmente el ambiente que respiramos; en levantar un dique infranqueable a todo lo impío, lo indecoroso e inmoral; en afianzar más y más sobre firme e inmovible base la dignidad y prestigio de España y de todo lo auténticamente español.

Madrid, en la Festividad del Apóstol Santiago, del año santo 1950.

Por la Junta de Metropolitanos españoles: El Presidente † ENRIQUE, Cardenal Arzobispo de Toledo. — El Secretario, † BALBINO, Arzobispo de Granada.

Hasta aquí, la gravísima Instrucción Colectiva de la Jerarquía Eclesiástica española. ¡Con cuánta satisfacción consignaríamos aquí el hecho, que tanto consolaría a la Iglesia Católica, de que, oída su voz y conocida su voluntad resuelta, toda la Prensa y toda la Crítica literaria de nuestra Patria había desde entonces acatado,

(*) El lector podrá hallar la serie de artículos de dicados a tratar de este tema en las págs. 387-89, de n.º 231, de CRISTIANDAD. 405-6, del 232, 428-9, de n.º 233, 447-8, del n.º 234, año 1953, y 61-62, del número 237-8, 225-7, del n.º 245-6, de 1954.

sin glosas ni distingos, sin excusaciones y murmuraciones, lo dispuesto por nuestra Santa Madre Iglesia, con esa leal y digna sumisión que, lejos de humillar, enaltece a todo el que ve, en la autoridad legítima, a Dios cuyos poderes tiene! Con pena hemos de reconocer que fué y sigue siendo una minoría en la Prensa y en la Crítica la que se ha prestado gustosa a obedecer. Bien se merece la tal minoría el aplauso de todos los buenos católicos por el ejemplo que nos da, no sin sacrificios a veces, de una disciplina altamente honrosa.

SEGUNDA PRUEBA

S. SAGRADA CONGREGACIÓN DEL S. OFICIO

INSTRUCCIÓN

A los Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios de lugares, acerca del género literario sensual y místico sensual

Entre los males funestísimos de esta época, que echan por tierra la doctrina cristiana sobre las costumbres, y perjudican no poco a las almas, redimidas con la preciosa sangre de Jesucristo, se ha de contar en primer término aquel género de literatura que cultiva el sensualismo y la liviandad, o también cierto lascivo misticismo. A esta clase pertenecen principalmente las novelas, breves narraciones fingidas, dramas, comedias, que se escriben en estos tiempos con una increíble fecundidad y que cada día se difunden por doquiera en mayor abundancia.

Estas ficciones de los ingenios que a tantos y en especial a los jóvenes de tal manera cautivan, podrían no solamente deleitar sin engaño, sino también contribuir a reformar las costumbres de los lectores, si se contuviesen dentro de los límites, no tan estrechos, del pudor y de la honestidad.

Mas ahora no Nos podremos doler bastante, como ya se ha dicho, del gravísimo daño que se acarrea a las almas por esta afluencia de libros en los cuales corren parejas la frivolidad en sumo grado fascinadora y la deshonestidad. Y es que muchísimos escritores de este género pintan cosas impúdicas con brillantísimas imágenes; narran lo más obsceno, unas veces veladamente, otras abierta y descaradamente, despreciando toda ley de castidad; describen con sutil análisis aun los peores vicios carnales, y los adornan con todas las galas y atractivos del lenguaje, en tal forma que ya nada queda inviolado en las costumbres. Cuán pernicioso sea todo esto, particularmente para los jóvenes, a quienes el ardor de la edad hace más difícil la continencia, no hay nadie que no lo vea. Estos libros, a menudo pequeños, se exhiben y se venden a bajo precio en las librerías, por las calles y plazas de las ciudades, en las estaciones de ferrocarril, y llegan a manos de todos con pasmosa rapidez, y acarrear frecuentemente a las familias cristianas grandes y lamentables crisis. Porque ¿quién ignora que esta clase de literatura excita vivamente la fantasía, enciende con vehemencia la pasión desenfrenada y arrastra el corazón al cieno de las torpezas?

Mucho peores que las demás novelas amatorias suelen ser las que publican aquellos que ¡cosa horrible! no temen cohonestar con un tinte sagrado ese pábulo de morbosa sensualidad, mezclando en los amores impúdicos cierta piedad para con Dios y cierto religioso misticismo completamente falso: como si la fe se pudiese avenir con el menosprecio y aun con el repudio impudentísimo de las rectas normas de vida, y la virtud de la religión se concertase con la depravación de las costumbres. Muy al contrario, es norma sagrada que no puede conseguir la vida eterna quien, aun creyendo con toda firmeza las verdades reveladas por Dios, se niegue con eso a guardar los preceptos dados por Dios; siendo así que ni siquiera merece el nombre de cristiano el que, profesando la fe de Cristo, no sigue las huellas de Cristo, *La fe sin obras es muerta* (Sant., II, 26); o, como lo advirtió nuestro Salvador: *No todo el que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos; ése entrará en el reino de los cielos* (Mat., VII, 21).

Y no reponga alguno: en muchos de esos libros hay una brillantez y galanura de lenguaje dignas realmente

«La Iglesia jamás ha traicionado la felicidad del pueblo con alianzas comprometedoras»

Lea en el número próximo la Encíclica de San Pío X de condenación de *Le Sillon*

de alabanza; se enseña a maravilla una psicología acomodada a los progresos actuales; se reprueban los placeres lascivos del cuerpo por lo mismo que se presentan, como lo son, feísimos, o porque a veces se los pinta inseparables de las torturas de conciencia, o porque se muestra cuán a menudo el llanto de penitencia amarga las postrimerías de torpísimos goces. Porque ni la elegancia en el escribir, ni la ciencia de la Medicina o de la Filosofía — aun dado que se contengan en este género de literatura —, ni la intención de sus autores, cualquiera que ésta sea, pueden impedir el que los lectores, cuya fragilidad y propensión a la lujuria es generalmente grande, por la corrupción de la naturaleza, cogidos insensiblemente en los lazos seductores de páginas inmundas, perviertan sus entendimientos y depraven sus corazones, y dando rienda suelta a los apetitos, resbalen en toda clase de crímenes, y asqueando la misma vida, colmada de vergüenzas, no pocas veces se den a sí mismos la muerte.

Por lo demás, no es de admirar que el mundo, que busca lo suyo hasta el desprecio de Dios, se deleite con estos libros y los divulgue; pero es muy de lamentar que escritores que se jactan de su nombre de cristianos, aporten su trabajo y su afición a literatura tan pernicioso. ¿Cómo puede ser que, oponiéndose a los principios de la ética evangélica, se adhiera uno al bienquerido Jesús que mandó a todos crucifiquen la carne con sus vicios y concupiscencias diciendo: “*Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame*”? (Mat., XVI, 24).

Y vemos que no pocos escritores han llegado a tal punto de audacia y de descoco, que públicamente difunden en sus libros aquellos vicios que el Apóstol prohibió a los cristianos hasta nombrarlos: “*La fornicación y toda inmundicia... ni se nombre entre vosotros, como conviene a santos*” (Ef., V, 3). Aprendan los tales alguna vez que no pueden servir a dos señores: a Dios y al vicio, a la religión y a la deshonestidad. “*El que no está conmi-go — dice Nuestro Señor Jesucristo — está contra Mí*” (Mt., XII, 30); y ciertamente que no están con Cristo los escritores que con deshonestas descripciones malean las buenas costumbres, que son los más sólidos fundamentos de la sociedad civil y doméstica.

Así, pues, teniendo en cuenta este aluvión de literatura lasciva que de año en año inunda con más extensión casi todas las naciones, esta Sagrada Suprema Congregación del Santo Oficio, que tiene a su cargo velar por la fe y las costumbres, con la Apostólica autoridad y en nombre de Nuestro San-

tísimo Señor Pío, por Divina Providencia Papa XI, manda a todos los Ordinarios de los lugares que se esfuerzen, con cuantos medios les sean posibles, por remediar un mal tan grande y que pide remedio tan urgente.

Es, en efecto, incumbencia de aquellos a quienes el Espíritu Santo ha puesto para regir la Iglesia de Dios, vigilar con cuidado y diligencia sobre todo las publicaciones que en su diócesis se imprimen y salen a la luz pública. Y a nadie se le oculta que los libros que se divulgan hoy en el mundo son tantos en número, que le es imposible a la Sede Apostólica someterlos a examen. Por eso Pío X, de santa memoria, en su Motu proprio *Sacrorum Antistitum* ordenó lo siguiente: “Trabajad empeñadamente, aun apelando a una oficial prohibición, por desterrar cada cual de vuestra diócesis los libros de lectura pernicioso que se ponen a la venta. Pues, aunque la Sede Apostólica ponga todo su conato en quitar de en medio semejantes escritos, ha crecido su número en tal forma que apenas hay poder bastante para señalarlos todos. De donde resulta que algunas veces la medicina llega demasiado tarde por haberse ya el mal incrementado con la mucha tardanza del remedio”.

Ni la mayor parte de tales obras y opúsculos, aunque muy perniciosos, pueden caer bajo la censura especial de esta Suprema Congregación. Por lo cual los Ordinarios cuidarán con solícitud y diligencia de llenar el gravísimo cometido que les encomienda el canon 1397, párrafo 4º del Código de Derecho Canónico, por sí o por los consejeros “de vigilancia”, que instituyó el mismo Sumo Pontífice en su Encíclica *Pascendi dominici gregis*; ni dejarán oportunamente de denunciar en los Boletines diocesanos los tales libros como incursos en condenación y en gran manera perjudiciales.

Fuera de esto ¿quién ignora que la Iglesia ha establecido ya por ley general que los libros inicianados de maldad, que atacan la integridad de las costumbres de propósito o ex profeso, se tengan todos por vedados, lo mismo que si estuvieran puestos en el Índice de libros prohibidos? Síguense de aquí que cometen pecado mortal aquellos que, sin el debido permiso, leen un libro ciertamente lujurioso, aunque no esté nominalmente condenado por la autoridad eclesiástica. Y, como sobre este punto de tan gran importancia corren entre los fieles opiniones falsas y funestas, procuren los Ordinarios de lugares con sus pastorales advertencias que mayormente los párrocos y sus coadjutores tomen esto con empeño e instruyan oportunamente sobre ello a los fieles.

Asimismo no dejen los Ordinarios de declarar nominalmente qué libros están prohibidos por el mismo derecho, según las necesidades propias de cada diócesis. Y si creen que podrán apartar a los fieles más eficaz y prontamente de la lectura de un determinado libro condenándolo con un expreso decreto, conviene que usen en todo caso de este su derecho, como, al exigirlo la peculiar gravedad de la causa, lo ha acostumbrado hacer la Santa Sede, conforme al prescripto del canon 1395, párrafo 1, del Código de Derecho Canónico: “El derecho y obligación de prohibir libros por causa justa corresponde, no sólo a la suprema autoridad eclesiástica para la Iglesia universal, sino también a los Concilios particulares y a los Ordinarios de los lugares para sus respectivos súbditos”.

Por último, esta Suprema Sagrada Congregación manda a todos los Arzobispos, Obispos y a los demás Ordinarios de los lugares que cuanto hayan establecido y ejecutado contra los libros lascivos lo manifiesten a este Santo Oficio, al tiempo de la relación diocesana.

Del Palacio del Santo Oficio, día 3 de mayo de 1927.

R. Card. Merry del Val, Secretario (11).

OTRAS PRUEBAS EXTRÍNSECAS

Otros argumentos extrínsecos pudieran tomarse de la resuelta actitud de severidad con que ya desde los comienzos del Cristianismo, y a través de su historia, los más ilustres santos y defensores de los dogmas y moral cristianos, recriminaron y desautorizaron, de palabra y en sus escritos, a los escritores impíos o inmorales, para que no sembraran la cizaña de la maldad en los trigales del Padre de familias. Jamás se verá que ni San Pablo ni San Juan, ni los Padres apostólicos y apologistas, ni los Santos Padres, aludiendo a los herejes, los adulasen ni alabasen; antes, al contrario, encendidos en celo del bien de los cristianos, denuncian sin miramientos y aun con frases de acerba reprensión a los enemigos de las almas. Mas este argumento, por poco que se desenvolviese, alargaría sin medida estos nuestros artículos.

Baste, por vía de ejemplo, recordar los anatemas que lanzaba San Pablo, al hablar de los que propagaban doctrinas malsanas: “Hay muchos insubordinados vanos charlatanes y seductores, a quienes es preciso tapar la boca. Repréndelos, le dice a Tito, severamente: a esos hombres que enseñan lo que no ha de enseñarse, siempre embusteros, malas bestias” (12).

(11) A. A. S., 1927, pág. 186.

(12) Tit., I, 10-13.

Herederos de ese espíritu de santa intolerancia apostólica, los Santos Padres y Doctores de la Iglesia nunca alabaron a los escritores perversos, antes los marcaron con el hierro candente de sus condenaciones, para que los buenos huyesen muy lejos de ellos y de sus obras. Convendría que cuantos hoy loan y lisonjean a los malos escritores pasasen los ojos por los libros de San Jerónimo contra Vigilancio, y por los de San Agustín contra Fortunato, Adamanto, Félix, Secundino. Seductores inicuos los apellida, henchidos de perversa soberbia, delirantes, neciamente charlatanes, frentes impúdicas, lenguas procacísimas. Habrían de oír también al melifluido San Bernardo, quien, al combatir a Abelardo y Arnaldo de Brescia, los llama a boca llena vasos de contumelias, operadores de iniquidades, fieros lobos, escorpiones abominables.

Y por si hoy algunos, ofendidos por tan violento proceder, repusieren que la suavidad de costumbres modernas y las exigencias sociales vedan tamañas diatribas, ahí tienen al santo de la mansedumbre y cortesía, San Francisco de Sales, hijo de estos siglos modernos. Los lectores de su delicioso libro *Filotea* conservarán en la memoria las frases con que termina su capítulo veintinueve: "Hay que difamar cuanto se pueda a los enemigos declarados de Dios y de la Iglesia, por ser obra de caridad gritar contra el lobo cuando el lobo está haciendo riza entre el inocente rebaño".

Conocida es asimismo la severa actitud que San Ignacio tomaba enfrente de los escritos en cuyas hojas podían beber tósigo mortal los católicos; por lo cual prohibió leer los libros de Erasmo, a pesar del latín clásico de que tanto caudal hacían por entonces los incondicionales admiradores del ciceronianismo. Famoso es el pasaje de la vida de Ignacio por Rivadeneira, en que nos habla de esto: "Por esta razón — dice — no quería que en la Compañía se leyese libro ninguno, aunque el libro fuese bueno, si era de autor malo o sospechoso. Porque decía él que, cuando se lee un libro bueno de mal autor, al principio agrada el libro, y después poco a poco el que le escribió, y que sin sentirse va entrando en los corazones blandos y toma la posesión de los que lo leen la afición del autor; y que es muy fácil, ganado el corazón, persuadirle la doctrina, y hacerle creer que todo lo que el autor ha escrito es verdad. Y que si al principio no se resiste, con mucha difícil-

dad se pueden remediar los fines" (13).

Imbuída en este criterio auténticamente católico, reñido con cualesquieras concesiones al liberalismo doctrinario, interpretaba estas ideas ignacianas la *Civiltà Cattolica* en un artículo que publicó hace ya bastantes años, el 1895, con el título "Si es de alabar el mérito literario de los escritores malvados". ¿Qué acertadamente discurría al describir los grados sucesivos y paulatinos por los cuales el lector se iba envenenando! "Tales alabanzas tributadas a escritores impíos o inmorales engendran una muy peligrosa simpatía hacia los autores a quienes se debería abominar. He aquí los grados por los cuales pasa el que oye alabar con entusiasmo a un escritor malvado, ora lo alaben por sus méritos en general, ora por algún escrito suyo no impío. Tales alabanzas, mayormente si provienen de labios autorizados, engendran inmediatamente la estimación en quien las oye. De la estimación nace cierto amor al autor. Y del amor al autor al de sus obras no hay más que un paso. Primeramente el lector ama tan sólo los escritos inocentes. Luego, también los malos por lo que tienen de bello y de bueno, excusando y compadeciendo lo que tienen de malo. De allí a poco, ya no le hace tanta impresión lo que en aquel autor a los comienzos le horrorizaba. Lo mira luego con indiferencia. Y acaba amándolo, asimilándose y apropiándose. Tal lo dice admirablemente en un solo verso Dante Alighieri:

E poi l'affetto l'inteletto lega."

En último término cabría señalar un indicio bien claro del foco de infección hacia donde empujan a las almas cuantos con sus intempestivos loores las acercan y aficionan a los autores de escritos nominalmente inmorales. Se ha reparado poco, y mucho menos se ha hecho pública mención, de un hecho vergonzoso; antes bien, por lo mismo, han tenido buen cuidado de silenciarlo los secuaces de tan contagiosos autores. Se comprende. No acredita ni a los loadores ni a los loados. Ni nosotros lo sacaríamos a relucir, si el tal hecho infamante no nos suministrara un ostensivo síntoma del pestilente influjo que ejercen los torpes escritos en la vida y no fuese demasiado del dominio público. Aludimos a la vida bien poco edificativa, antes en muchos de ellos viciosa y hasta co-

(13) Vida del bienaventurado Padre Ignacio de Loyola, por el P. Pedro de Rivadeneira, Libro V, capítulo X.

rrompida de los autores de libros malos. Ciertamente: tal vivir pecador se ha de mirar en esos escritores como causa a la vez y efecto de sus libertinos escritos. Causa lo es, y muy natural, porque de vidas pecadoras no pueden salir sino obras pecadoras también, puesto que de la abundancia del corazón habla la boca. No nos admiremos que de un pantano cenagoso se desprendan emanaciones pútridas. Y no menos la vida pecaminosa de los autores de tan contagiosas obras es juntamente un efecto de las mismas; toda vez que del mismo vivir ellos engolfados en fingidas vidas viciosas de novelas, se les ha de contaminar el ambiente vicioso a sus autores dentro de su misma vida real. Nos limitamos a levantar una punta del velo en esta materia, porque hartos saben lo que se oculta, y celosamente se calla, aunque sin lograr el secreto, debajo de tan tupido velo. En muchos casos ¡es un secreto a voces! Aun en la vida de escritores más comedidos, pero en cuyos escritos se nota una como propensión a conceder el triunfo a la pasión, aun legítima, sobre el ideal más alto de la perfección evangélica, descubren cartas posteriormente publicadas el desorden moral, debido, sin duda, a esa ambientación pasional, siquiera se mueva en el terreno de lo lícito. Así, por ejemplo, uno de los novelistas más moderados, pero de espíritu mundano, comunica a un amigo suyo en correspondencia epistolar, ahora ya pública, que tardó varios años en legitimar su matrimonio, dando por razón justificativa de su cambio de conducta que, si en la mocedad no pasa tal proceder ante el mundo de ser una simple incorrección, en edad más avanzada se convierte en escándalo. Y añade que aquel escándalo se hubiera prolongado indefinidamente, a no haberse operado en él lo que antiguamente se llamaba una conversión, y que no sabe cómo se llama ahora en términos psicofísicos. Es que se ha convertido sincera y totalmente al cristianismo"; es decir, a una vida del todo ajustada a los dictámenes de la cristiana moral. Y, cosa muy para notarse, con ese cambio de vida coincidió un viraje ideológico y moral en el rumbo de sus obras literarias. Como en la vida, así también en sus libros se respiró desde entonces un aire de cristianismo que purificaba el alma y elevaba los ideales.

ARTURO M.^a CAYUELA, S. I.

Colegio-Noviciado de Vuelva
Borja (Zaragoza)

(Terminará.)

«El soplo de la Revolución ha pasado por ahí...»

Lea en el número próximo la Encíclica de San Pío X de condenación de *Le Sillon*

TRIUNFO REVOLUCIONARIO EN GINEBRA

El señor Foster Dulles no ha dimitido

Mientras en el norte de Indochina se retiran con cierta precipitación las tropas del Cuerpo expedicionario francés que ocupaban las riquísimas — y también, dicho sea sin ánimo de *ofender* a nadie, las más católicas — regiones del sur del delta del río Rojo, no deja de causar honda perplejidad y aun provocar cierta sospecha, el recuerdo de aquellas tajantes manifestaciones que el incomprendible Foster Dulles hizo a unos periodistas al final del banquete celebrado por el Club de Prensa de Ultramar de la ciudad de Nueva York.

La fecha de esas manifestaciones no es tan lejana para haber sido olvidada. Sin embargo, desde el día 29 de marzo han variado tan substancialmente las condiciones en que se plantea la “oposición” del mundo democrático y liberal al bloque soviético, que parece necesario recordar de nuevo algo de lo mucho que afirmó el secretario de Estado norteamericano en aquella, por esta razón, memorable comida.

“Si las fuerzas comunistas — dijo Foster Dulles — consiguiesen un control sobre Indochina o una gran parte del país, seguramente actuarían del mismo modo contra los otros pueblos libres del Asia.”

Más aún: “El control comunista del Asia sudoriental representaría una grave amenaza para Filipinas, Australia y Nueva Zelanda, con las que estamos ligados con pactos de asistencia mutua, y toda la zona del Pacífico occidental quedaría estratégicamente amenazada.”

Por ello, Foster Dulles aseguraba que cualquier discusión sobre Indochina en la Conferencia de Ginebra sólo habría de tener la finalidad de “hacer comprender a los comunistas chinos el peligro que comportaría su presumible intento de conquistar el sudeste asiático, de tal manera que se les forzase a desistir de semejante proyecto” (1).

Ilustraba el secretario de Estado sus tajantes declaraciones con la noticia de que dos mil comunistas chinos ayudaban a las fuerzas del Vietminh, y que gran parte del material de guerra capturado en Indochina a los rojos procedía de las fábricas checoslovacas “Skoda”, las mismas que suministraron el material de guerra a los sionistas y que éstos pagaron con buenos dólares norteamericanos.

¿Quién iba a decir al señor Foster Dulles que al cabo de tres meses el mundo occidental, y en su representación el judío Mendes-France, entregaría sin lucha y sin heroísmo, millones de seres humanos — católicos en gran parte — al Moloch soviético?

¿Qué ha ocurrido con las promesas de que en Ginebra se opondría la negativa más rotunda a los esbirros de Mao Tse Tung?

“Si las fuerzas comunistas consiguiesen un control sobre Indochina o una gran parte del país...” ¡Ahí estamos, precisamente, señor Foster Dulles! ¿Qué dirá ahora el secretario de Estado a la opinión pública de su país? ¿O es que, tal vez, en Norteamérica se ha perdido también, como en otras partes, la memoria?

Eisenhower dispuesto a apaciguar a Chou En Lai

Iniciada ya en Ginebra la Conferencia de los “cuatro grandes y medio”, según fórmula diplomática del *Journal de Genève*, que suponía prácticamente el reconocimiento de la China comunista, pocos eran los que esperaban un cambio tan dramático como el que supuso la marcha pre-

cipitada, tal vez diríamos mejor huída, del señor Foster Dulles, en viaje de regreso a Washington.

De hecho, los sucesos posteriores lo han demostrado, el abandono, voluntario o no, por parte del secretario de Estado norteamericano, de las negociaciones entabladas a orillas del lago Lemán, entrañaba la renuncia de la Casa Blanca a dirigir la batalla diplomática de los Estados occidentales. Ahora, Anthony Eden, el mismo que pocos días antes se había negado, junto con Winston Churchill, a participar en la defensa de Indochina mientras existiera una posibilidad de acuerdo en Ginebra, tomaba en sus manos la dirección de la Conferencia.

Ahora bien, la renuncia del Gobierno de los Estados Unidos — Foster Dulles no podía desconocerlo — implicaba una ventaja segura e indiscutible para Chou En Lai, es decir, en definitiva para la Internacional comunista.

Todavía en vísperas de abrirse la Conferencia, el presidente Eisenhower aseguraba en Lexington que la guerra de Indochina se había convertido “en un terreno de prueba entre la dictadura y la libertad”, en el que se ventilaría la posibilidad de si las gentes “pueden vivir conforme han elegido o ser dominadas como peón adicional en las maquinaciones del Kremlin y de China” (2).

Y el mismo día que se inauguraban las reuniones ginebrinas, Eisenhower afirmaba en un discurso radiado que había llegado “la hora de las grandes decisiones”. “Indochina — dijo — es el tapón de la botella; su pérdida afectaría al destino de centenares de millones de seres en las regiones de Asia” (3). Palabras que Augusto Assia interpretaba en el sentido de que Indochina “es el único obstáculo que impide el derramamiento de la dictadura roja por los fértiles y vitales campos de Birmania, Tailandia y otras naciones asiáticas” (4). Lo cual, por otra parte, concordaba perfectamente con el pensamiento expuesto por Foster Dulles.

Y, sin embargo, se dibujaba ya en la sombra la maniobra que llevaría al pueblo vietnamita a ser entregado como vil mercancía al despotismo de los “sin Dios”.

Camufladas cautelosamente entre las estruendosas expresiones que parecían indicar una decidida actitud de Norteamérica para impedir un nuevo avance del comunismo, Eisenhower había insinuado ya su interés — *piadoso interés*, subrayó un acerado comentarista — de que los países interesados se mostrasen en Ginebra “lo suficientemente razonables para establecer un *modus vivendi* capaz de evitar el desencadenamiento de la catástrofe en Indochina”.

Pero esto era solamente un dato suelto, una breve indicación de lo que se preparaba entre bastidores.

Con dos días de diferencia, una noticia fechada en Ginebra desvelaba ya, obedeciendo posiblemente a consignas superiores, lo que cuarenta y ocho horas más tarde tendría las características de certeza absoluta.

“En los círculos bien informados — decía — se declara que los tres ministros de Asuntos Exteriores occidentales han discutido lo que ha de ser su *respuesta* a la posible propuesta de un “alto el fuego” en Indochina... Los tres ministros occidentales han discutido también, según se dice, la posibilidad de una *división territorial de Indochina*, como solución de último recurso para el conflicto. Se indica que los Estados Unidos, que hasta ahora se habían opuesto, *están decididos a estudiar esta última solución* siempre que pueda ser presentada de forma factible” (5).

(2) “La Vanguardia Española”, 25 abril 1954.

(3) “Il Popolo”, 27 abril 1954.

(4) “La Vanguardia Española”, 27 abril 1954.

(5) “El Noticiero Universal”, 27 abril 1954.

(1) “Il Popolo”, 30 marzo 1954.

El eco autorizado a tamaña monstruosidad — apaciguamiento del comunismo con la venta de nuevos millones de esclavos — no tardó en dejarse oír con las indispensables sutilezas expositivas, dada la gravedad de la fórmula que se planteaba.

Para ello, se aprovechó la oportunidad de una de las conferencias que con la Prensa mantiene periódicamente el presidente Eisenhower, la cual, según referencias de la United Press, se desarrolló, en la parte que nos interesa, de la siguiente forma:

“Hablando sobre sus esperanzas de la Conferencia de Ginebra, Eisenhower dijo que al buscar un *modus vivendi* se apunta por necesidad a un medio entre los extremos inalcanzables o inaceptables.

”Entre éstos mencionó el derrumbamiento de todo el mundo anticomunista de Asia bajo el comunismo. Entre los inalcanzables está la formulación de un sistema completamente satisfactorio de convivencia con los comunistas.

”Esto, explicó, abre la solución de buscar una base práctica para seguir adelante, y como ejemplo mencionó la situación de Alemania entre los aliados y Rusia. Preguntado sobre esto, aclaró que el hecho de que Alemania esté dividida no sugería que los Estados Unidos darian su conformidad a la partición de Indochina.

”Manifestó a este respecto que no tiene intención de abogar por ningún medio específico para resolver la situación, sino *buscar una solución* que acabe con el derramamiento de sangre en Asia” (6).

La sugerencia no podía ser más clara. Así lo entendió en Ginebra el secretario de Estado norteamericano. “*Me han apuñalado por la espalda*”, exclamó Foster Dulles. ¿Y qué podía hacer ya en Suiza el defensor del pacto de seguridad en el sudeste asiático, más que recoger los bártulos y dejar que Eden, Molotov y Chou En Lai se las entendieran, según recomendaba Eisenhower? Algo muy parecido a lo que había realizado ya el almirante Radford en su inesperado y dramático regreso a Washington.

Mientras en Norteamérica se habla de «traición»...

Después..., después ha venido la entrega total al comunismo. Resumiremos con la brevedad posible la angustia de los días que precedieron al acuerdo entre Mendes-France y Chou En Lai.

Otra conferencia de Prensa en la Casa Blanca: “Un periodista preguntó a Eisenhower si sería prudente dejar que el Congreso levantara sus sesiones sin conceder la autorización que pudiera ser necesaria para la intervención en Indochina. El presidente respondió que, francamente, *no tenía ningún proyecto para pedir nada...*” (7).

El señor Eden, en Ginebra, mientras Francia — o quien sea — busca el hombre de la rendición, juega la carta de la “intransigencia” de cara a la galería: “Siento tener que decir — clama “apesadumbrado” el señor Eden — que después de los últimos días estamos más alejados que nunca de la *solución que buscamos*” (8). ¿Cuando ya la “solución” se perfila con el espectáculo que ofrece la Asamblea Nacional francesa, pidiendo a gritos a Laniel que ceda su puesto al hombre que “puede” pactar con el Vietminh!

Y José María Massip anuncia satisfecho al fin: “Para los políticos franceses, que esperaban traspasar a Estados Unidos el peso y las responsabilidades de la guerra, *éste puede ser el fin de una falsa ilusión*. Aquí se duda hoy que el gabinete Laniel consiga sobrevivir políticamente al impacto de este repliegue oficial americano; pero los dirigentes de Washington parecen encogerse de hom-

bros ante la eventualidad de una crisis ministerial en Francia... En Ginebra, por otra parte, la delegación norteamericana se mantiene a la expectativa con instrucciones de salvar del desastre, *si se puede*, los reinos de Camboya y Laos, y *aceptar los hechos consumados en el norte de Indochina y, probablemente, en todo el Vietnam*” (9).

Efectivamente, Francia ha encontrado ya desde hace tiempo “su” hombre. El *Daily News* señala sus inconfundibles características: “Mendes-France, dice, es partidario de la paz en Indochina *a cualquier precio*. Cree que Francia *está gastando demasiado* en la defensa de la Europa continental. Ha expresado su oposición a la comunidad europea de defensa” (10) ..., y Eisenhower, desde lejos, sonríe...

Sale de nuevo Foster Dulles presentando cinco condiciones básicas, cuyo cumplimiento obligaría a Norteamérica a salir en defensa de Indochina. Condiciones que no han de darse, según todo el mundo supone. Pero la Casa Blanca busca cubrirse, probablemente, ante un Senado rebelde que se niega a cualquier componenda con los comunistas.

Desde ABC, A. R. (Andrés Revesz) comenta: “El secretario de Estado subraya el hecho de que la agresión comunista no es directa y que, por consiguiente, *el Occidente no se ve obligado a apoyar* las armas francesas y vietnamitas.” Y añade: “*que el mejor regalo para el presidente Eisenhower sería un arreglo en Indochina*, aunque fuese claudicante”.

Para afirmar después que “la perspectiva de una victoria ha sido abandonada, lo mismo que en Corea, es decir, que *ya nadie piensa en el programa del bizarro general Mac Arthur*” (11).

Que lo piense o que lo quiera así Eisenhower no lo dudamos. Andrés Revesz tendrá posiblemente sobre este particular sus informaciones y sus preferencias; pero que “nadie” en los Estados Unidos entienda que la solución mejor sea la de Mac Arthur y desee su aplicación, sería más difícil de probar.

Augusto Assia escribía por aquellas fechas que la prohibición “contra el gran y genial soldado” de destruir las fuerzas comunistas, “es aceptada aquí hoy como *el más colosal y fundamental fallo* cometido por los Estados Unidos en toda su historia”. Y eso, asegura Assia, “no son sólo los amigos del general Mac Arthur quienes lo reconocen, sino sus más encarnizados enemigos y detractores”. “*Una de las cosas que la crisis de Indochina está produciendo es la reivindicación del general Mac Arthur*”, dicen nada menos que los demoliberales hermanos Alsop... “El mundo libre — continúan los Alsop — no estaría amenazado con una catástrofe en Asia hoy si no le hubieran sido impuestos a Mac Arthur límites artificiales en Corea hace cuatro años” (12).

Todavía quedan en Norteamérica bastantes personas que suscriben la afirmación categórica del senador McCarthy, calificando sin ambages de “traición” la oposición invencible que obligó al general a renunciar a su victoria en Corea y Manchuria.

Eisenhower continúa sonriendo... ¿Hasta cuándo?

La conquista por el judío Mendes-France de la jefatura del Gobierno francés inicia rápidamente el descenso hacia el previsible final.

Como China, el Viet Nam será casi con seguridad ofrecido a la rapacidad del comunismo.

Churchill y Eden se desplazan a Washington para sellar, bajo la mirada de Baruch, el acuerdo de Berna, con

(6) “El Bien Público”, 30 abril 1954.
(7) “Diario de Barcelona”, 11 junio 1954.
(8) “El Correo Catalán”, 11 junio 1954.

(9) Crónica de Washington. “Diario de Barcelona”, 11 junio 1954.
(10) 15 junio 1954.
(11) “ABC”, 12 junio 1954.
(12) “La Vanguardia Española”, 16 junio 1954.

ACTUALIDAD

el ofrecimiento insólito del puesto de la O. N. U. correspondiente a China, a los adláteres de Mao Tse Tung.

En el secreto y el misterio, invocando farisaicamente los postulados de la libertad, se planea uno de los más infames proyectos realizados en esta postguerra. Y Eisenhower continúa sonriendo...

Polonia, Hungría, Yugoslavia, Rumania, Bulgaria, Checoslovaquia, China... No se ha acabado todavía el proceso encaminado a someter a la tiranía de la Internacional comunista, pueblos enteros que confiaron su defensa al Occidente democrático y liberal.

Ahora toca el turno a los pueblos de Indochina. Pronto va a ser Francia la que se encontrará inerte a disposición de los dirigentes de la gran conjura. "Todo hace suponer — escribían desde París — que la verdadera desintegración del Imperio francés ha empezado estos días. Quiérase o no, *el Gobierno Mendes-France está destinado a presidir esta liquidación*" (13). ¿Quién lo ha destinado? ¿Quién ha hecho inevitable la desintegración del Imperio que sigue a la desintegración de Francia?

"La retirada francesa del delta — anuncian desde Hanoi — supone la entrega a los comunistas de una extensión en la que viven dos millones de personas, de las cuales la mitad son católicos." De nada ha valido la apelación del obispo de Phat Diem al alto mando francés instándole a "que no abandone una región donde vive un millón de católicos vietnamitas, que constituyen la más sólida resis-

tencia al comunismo" (14). Tal vez por esta razón han sido los católicos los primeros en sufrir las consecuencias de los acuerdos de Berna. ¡Y el general Salan habla todavía de operación victoriosa! ¡Y el pueblo francés enterándose de la rendición incondicional "sin lágrimas, sin pena, sin reacción visible"! (15).

Las misteriosas negociaciones que precedieron a la Conferencia de Berlín están dando ya su fruto. Las reuniones celebradas en la capital alemana y en Ginebra no han constituido, ni muchísimo menos, un fracaso. Han representado el triunfo más vital que ha logrado el comunismo después de Teherán y Yalta.

Como Roosevelt y Truman, Eisenhower sigue la línea esencial de la política de apaciguamiento. Dentro de poco, veremos probablemente a Chou En Lai codearse amistosamente con Eden y Foster Dulles en el Consejo de las Naciones Unidas.

Pero, ¿hasta dónde llegará el Occidente en sus progresivas renunciaciones?

"¿Cuántas victorias comunistas más habrán de producirse en Asia — preguntaba el senador Knowland, jefe de la mayoría republicana — antes de que el mundo libre reconozca el peligro?"

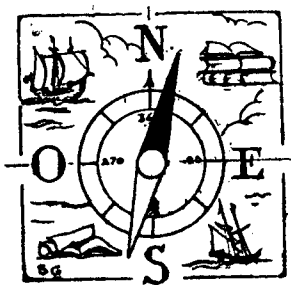
¿Y cuántas victorias esperan todavía al comunismo en Europa?

JOSÉ-ORIOL CUFFÍ CANADELL

(13) Martínez Tomás, desde París en "La Vanguardia Española", 2 julio 1954.

(14) "La Vanguardia Española", 3 julio 1954.

(15) Desde París en "La Vanguardia Española", 3 julio 1954.



CRONICA POLITICA DEL MES

LEYENDO Y BRUJULEANDO

La Conferencia de Ginebra y la dominación mundial - «Los cristianos ante la guerra» - La masonería contra McCarthy - El Jefe del Estado español pide «unidad de acción sobre los problemas políticos» - Mendés-France y el rearme alemán - Laín y Marañón o la nostalgia de Unamuno. Se habla de la partición del Vietnam - McCarthy y la Prensa izquierdista. ¿Un Locarno asiático? - En la línea del apaciguamiento...

Del 1 al 5 de junio

LA CONFERENCIA DE GINEBRA Y LA DOMINACIÓN MUNDIAL

En Moscú reina la mayor euforia por el desenvolvimiento de la Conferencia de Ginebra.

«Pravda» publica un artículo en el que asegura que la Conferencia «ha salvado el primer obstáculo en el camino hacia la restauración de la paz en Indochina». El diario soviético se deshace en elogios hacia el ministro británico Eden, mientras acusa a los franceses de «esperar la acción de los norteamericanos».

Pero esperar la «acción» del Gobierno de los Estados Unidos, al menos por lo que a Indochina se refiere, podría significar una inútil espera, pues al parecer la Casa Blanca aguarda tan sólo a que el señor Eden se entienda con los comunistas. Por lo menos Eisenhower parece decidido a no hacer nada hasta ver en qué paran las reuniones anglosoviéticas en las orillas del Leman.

En su última conferencia de Prensa, el Presidente norteamericano ha insinuado esa posible actitud al afirmar que «no ha llegado aún a decisión alguna acerca de si va a pedir o no al Congreso que autorice

una actuación directa de los Estados Unidos en el sudeste asiático».

¡Habrá que esperar a que Ho Chi Minh entre triunfalmente en Hanoi!

Sin embargo, la posición aparentemente abstencionista de Eisenhower, no le impide dar su opinión sobre la división del mundo en dos campos opuestos.

Hablando en el Waldorf Astoria, en el banquete conmemorativo del centenario de la Universidad de Columbia, Eisenhower ha hecho las siguientes afirmaciones:

«Hay un hecho claro: de todos los habitantes de la tierra, sólo un número relativamente pequeño (únicamente un puñado en Rusia misma) está firme en su determinación de dominar al mundo por la fuerza y el engaño. Excepto esos grupos, repartidos en diversas naciones, la humanidad toda, los que viven en la libertad y esos que vacilan en la neutralidad, la humanidad entera está hambrienta de libertad, de bienestar y de paz.»

Para añadir después: «Ellos se basan en un dogma materialista que nosotros aborrecemos; un dogma apoyado en falsas creencias... Para extender sus falsedades, *los vocos que buscan la dominación mundial* poseen un aparato mundial inagotable dedicado a llevar a cabo las órdenes de sus

superiores. Para dar a conocer al mundo la verdad, las Naciones libres se revelan en voluntarios esfuerzos de individuos, esfuerzos a menudo débiles.»

Pero, ¿quiénes componen estos grupos «relativamente pequeños» que en Rusia y «repartidos en diversas naciones», «buscan la dominación mundial»? ¿Forman parte, acaso, de tales grupos los que, en opinión de McCarthy, impiden al F.B.I. lograr la acusación contra elementos comunistas que atentan a la seguridad del Estado, «aún contando con todas las pruebas necesarias»?

«LOS CRISTIANOS ANTE LA GUERRA»

«Un grupo de católicos — en su mayor parte de Lyon — ha lanzado un manifiesto bajo el título: «Los cristianos ante la guerra», refiriéndose principalmente — leemos en el diario masonizante «Le Monde» — al conflicto de Indochina.»

En dicho manifiesto solicitan la «suspensión inmediata de las hostilidades» y niegan que en el sudeste asiático se luche por la civilización cristiana.

Firman el manifiesto, entre otros, Henri Bedarida, Presidente del Centro Católico de los intelectuales franceses; los sacerdo-

tes Michel Chartier, Fatisson, Albert Gelin, Joseph Gelin, Consiliario Diocesano éste último de Pax Christi, Gabriel Matagrín, etcétera.

En el manifiesto no se hace ninguna alusión — al menos no se reproduce en «Le Monde» — a la situación agobiante de los católicos de Indochina. ¿Qué se prepara en Francia?

Del 6 al 10 de junio

LA MASONERÍA CONTRA MCCARTHY

La revista oficial de la masonería norteamericana «The New Age» publica un tremendo ataque contra McCarthy:

«La Francmasonería de rito escocés — dice — ha combatido siempre a los demagogos y a los opresores. Siempre ha considerado que tales hombres, sin escrúpulos, constituyen el mayor peligro para la forma democrática de gobierno. ¡Masones del mundo entero y hombres de buena voluntad, que os preocupáis de la prosperidad de nuestro país, no olvidéis jamás esta lección!»

Para señalar a McCarthy, sin nombrarlo, «The New Age» emplea estas fórmulas: «El hombre que podría dar lecciones de táctica a Maquiavelo» y «Un antiguo Presidente de los Estados Unidos (Truman) ha denunciado recientemente a ese individuo».

La intervención de la masonería podría explicar tal vez la campaña que contra McCarthy han desencadenado algunos periodistas. También ellos deben haber aprendido suficientemente en las logias, y aun fuera de ellas, la antigua lección.

EL JEFE DEL ESTADO ESPAÑOL PIDE «UNIDAD DE ACCIÓN SOBRE LOS PROBLEMAS POLÍTICOS»

Los periódicos de la cadena norteamericana «Scripps-Howard» publican las declaraciones hechas al Presidente de la Empresa y Vicepresidente de la «United Press», Roy Howard, por el Generalísimo Franco:

«El éxito de la coalición occidental ha sido considerable — dijo el general Franco —, pero podría ser mayor aún con una organización mejor. El Occidente posee un equipo unido para un trabajo efectivo en el aspecto militar. No está igualmente bien organizado para la acción política. La coalición necesita un Estado Mayor civil unificado, coordinado con el militar, pero con poderes para tratar directamente de todas las cuestiones políticas y económicas de mutuo interés. La unidad de acción sobre los problemas políticos es tan necesaria en la guerra fría como lo es la unidad sobre los problemas militares en la guerra caliente».

José M.^a Massip escribe desde Washington: «Comentando las declaraciones del general Franco, publicadas ayer en la Prensa norteamericana, Bernardo Baruch ha expresado hoy en Nueva York su conformidad con el punto de vista del Jefe del Estado español y ha aplaudido el plan de Franco para un embargo económico total contra la Unión soviética y los países de la órbita comunista diciendo: «Estoy de acuerdo con el Generalísimo Franco en que, ciertamente, estamos lejos de haber ganado la guerra fría...»

Del 11 al 15 de junio

MENDES-FRANCE Y EL REARME ALEMÁN

Crisis en Francia. El judío Mendés-France, del partido radical-socialista, ha sido encargado por el Presidente de la República de formar nuevo Gobierno.

Antes de presentarse a la Asamblea Nacional para solicitar la investidura, Mendés-France ha conferenciado con el Jefe del Estado Mayor y otros altos oficiales de la fuerza de tierra, mar y aire.

Después de estas conversaciones, Mendés-France ha dicho: «Mi punto de vista — refiriéndose a Indochina — es exactamente opuesto al de la capitulación, pero debemos tener en cuenta todas las dificultades y realidades pasadas».

El diario británico «Evening Standard» comenta: «Si M. Mendés-France logra formar un Gobierno, la Comunidad para la defensa de Europa habrá muerto e Indochina se habrá perdido». Y el «Observer» predice que en Ginebra e Indochina comienza el fin de la política de «gran potencia» de la Francia de la postguerra, «una política basada mucho más en ilusiones históricas y astucias diplomáticas que en realidades políticas, económicas y militares».

Entre tanto, Eisenhower declara que los Estados Unidos «se enfrentan con una situación internacional verdaderamente grave», y Foster Dulles apostilla que «si la Europa occidental ha de continuar dividida y, por ello perpetuamente débil, es posible se verifique por parte de los Estados Unidos un cambio fundamental de su política».

Si la Asamblea Nacional francesa apoya a Mendés-France, la Alemania occidental puede pasar a desempeñar el papel principal en la defensa de la Europa occidental. A fines de verano, afirman ya altos funcionarios norteamericanos, comenzarán las conversaciones para poner término a la ocupación aliada de Alemania conforme a los acuerdos de Bonn. ¿Es ésto lo que se desea en Londres y en la Casa Blanca?

Del 16 al 20 de junio

LAÍN Y MARAÑÓN O LA NOSTALGIA DE UNAMUNO

El Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Tívoli publica en el diario «Lucha» un importante artículo al que pertenecen los siguientes fragmentos:

«El día 30 de mayo último tuvo lugar la recepción de Pedro Laín Entralgo, en la Real Academia Española. A su discurso contestó Gregorio Marañón. Según dicen, la Academia rebosó de público muy heterogéneo, sin faltar muchas señoras conocidas antes de 1936, por sus actividades en favor de la sectaria institución de enseñanza libre. Los aplausos fueron estrepitosos...»

«Lain Entralgo dedicó gran parte de su discurso académico a hablar ampliamente de Machado y más aún de Unamuno. Don Gregorio Marañón, en su discurso de contestación, hizo la apología de Unamuno.

«Todo hace pensar que en el fondo de este acto y en otros que se van sucediendo: la exaltación de Pío Baroja, de Ortega Gasset, de Unamuno, etc., van encaminados a querer hacer ver que el valor intelectual de la España de hoy es herencia del 98...»

SE HABLA DE LA PARTICIÓN DEL VIETNAM

Mendés-France ha obtenido una gran mayoría de votos favorables en la Asamblea Nacional. Los comunistas han votado unánimemente a su favor.

¿Qué ocurrirá en Indochina? Según una información procedente de Ginebra, «se cree que Mendés-France tratará de llegar a una partición del Vietnam y a la evacuación de las tropas comunistas de Laos y Camboya. Se considera muy posible que Mendés-France ofrezca la mitad del Vietnam — por la que Francia ha pagado cien

mil bajas y mil millones de dólares anuales — a los comunistas y que aceptará la propuesta comunista para celebrar elecciones libres en la nación.

«La delegación británica — añade la información — aprueba abiertamente este arreglo, a pesar de su política oficial en contra la división del Vietnam. La delegación norteamericana se encuentra en un terrible dilema».

A última hora, sin embargo, el dilema de la delegación norteamericana ha desaparecido mediante la orden de Eisenhower a Bedell Smith de que regrese inmediatamente a Washington «para informar». La medida de Eisenhower se interpreta en Ginebra como medio de «preparar el terreno a Francia para que pueda realizar cualquier clase de gestión, encaminada a poner fin a la guerra de Indochina».

¿Apoyará Eisenhower también a Mendés-France?

MCCARTHY Y LA PRENSA IZQUIERDISTA

Refiriéndose al senador católico McCarthy, Augusto Assia escribe:

«Aunque la mayoría de sus enemigos son antimilitaristas, mientras el senador es, naturalmente, militarista, la Prensa de izquierdas amañó la superchería de que el conflicto entre Stevens y Adams por un lado y McCarthy y Cohn por otro era un conflicto entre McCarthy y Cohn nada menos que contra el Ejército de los Estados Unidos, y bajo esta superchería los periódicos del mundo entero, alimentados por agencias izquierdistas, han venido titulando la información del comité: «El conflicto entre McCarthy y el Ejército».

Dos días más tarde, José M.^a Massip publica su crónica desde Washington, en el diario «ABC» bajo este título: «Ha terminado la investigación del comité Mundt en el pleito Ejército-McCarthy».

Del 21 al 25 de junio

¿UN LOCARNO ASIÁTICO?

«La subida al Poder de Mendés-France — escriben desde París — ha sido acogida por el Gobierno de Londres con suma complacencia». Ahí está, para demostrarlo, el telegrama de felicitación que Churchill acaba de dirigir al nuevo Jefe del Gobierno francés.

Probablemente, la nueva política de Francia con respecto al Asia será examinada sucintamente en las conversaciones que tendrán lugar en Washington entre Churchill y Eisenhower. Del sentido de tal política pueden darnos una idea bastante aproximada dos hechos significativos:

1.º La cordial entrevista que ha celebrado en la embajada francesa en Berna, el ministro de Asuntos Exteriores de la China comunista, Chou En Lai, y el jefe del Gobierno francés, Mendés-France.

2.º El discurso pronunciado por el señor Eden en los Comunes en el que hizo las siguientes manifestaciones: «Espero que será posible ponerse de acuerdo para un sistema de defensa del sudeste asiático que garantice contra una agresión». «Una especie de Locarno y una especie de alianza defensiva como la NATO en Europa», concretó el ministro británico.

Sobre la entrevista de Berna, la United Press anuncia «que las conversaciones entre Mendés-France y Chou se han desarrollado en una atmósfera de confianza, comprensión y, según parece, sinceridad mutuas que mucho prometen para el futuro».

Y Augusto Assia, desde Nueva York, apostilla: «Aquí creen que una de las co-

ACTUALIDAD

sas que la sinceridad, comprensión y confianza «mútuas» entre Mendés-France y Chou prometen, es la rendición de la Indochina a los comunistas».

Del 26 al 30 de junio

EN LA LÍNEA DEL APACIGUAMIENTO

El presidente Eisenhower y el jefe del Gobierno británico, Churchill, han celebrado varias reuniones en Washington, al término de las cuales han publicado una «declaración de principios», a la que pertenecen los siguientes fragmentos:

«Juntos e individualmente continuaremos tendiendo la mano de la amistad a cada y a todas las naciones que por solemne compromiso y confirmándolo con sus hechos se muestren deseosas de participar en una paz justa y equitativa.»

«Respaldamos el principio del autogobierno y nos esforzaremos, por todos los medios pacíficos, en asegurar la independencia de todos los países cuyos pueblos deseen mantener una existencia independiente y sean capaces de ello... Con respecto a los Estados soberanos y actualmente esclavizados no hemos de ser parte en ningún acuerdo o tratado que confirme o prolongue su involuntaria subordinación. En el caso de las naciones hoy divididas en contra de su voluntad, continuaremos persiguiendo el logro de su unidad por medio de elecciones libres, supervisadas por las

Naciones Unidas con el fin de asegurar se desarrollen limpiamente.»

«En unión de nuestros amigos, desarrollaremos y mantendremos la fuerza espiritual, económica y militar necesaria para perseguir esos fines en forma eficaz.»

Hay también una alusión a la «Carta del Atlántico» que podría parecer a algunos simple ironía, porque, como es notorio, dicha «Carta» no ha existido nunca, y todos sabemos en qué pararon los «principios» que entonces se proclamaron y que ahora se «reafirman» (sic).

Es curiosa la alusión a los pueblos que «deseen mantener una existencia independiente». ¿Se refiere también en concreto al Vietnam, o no está claro para los dos estadistas occidentales que los pueblos de Indochina «deseen» la independencia?

En conjunto, por el mismo anonimato de las cuestiones a las que se trata de aludir, la declaración de Washington podría ser una fórmula que encubra profundas divergencias... o muy graves acuerdos.

Para el editorialista de «ABC», las reuniones de Washington apuntan a una solución «centrista», y comenta:

«Si se preguntara quiénes han ganado y quiénes han perdido, podríamos contestar, sin temor a equivocarnos, que los ganadores son los que han sostenido una tesis moderada, a costa de los extremos de la derecha y de la izquierda.»

Y concreta: «¿Cuál sería la extrema derecha? Estaría representada por aquel grupo norteamericano que, dentro del parti-

do gubernamental, se opone a la política exterior de Eisenhower, y para el cual la palabra «Locarno» es tan condenable como Teherán, Yalta y Potsdam». Para añadir más adelante: «Y si, por una parte, excluimos el triunfo de los adversarios de un nuevo «Locarno», como extrema derecha, tampoco podemos rechazar el descalabro sufrido por el extremo opuesto. Puede haber negociación acerca de Indochina, pero no sin condiciones».

He ahí una interesante opinión que veremos hasta qué punto corresponde a la realidad.

Que Eisenhower no ha podido — si ésta era su intención — alinearse por completo con la tesis de Churchill, parece harto evidente, no en balde los puntos de vista del Senado y del Pentágono parecen hallarse en una posición totalmente opuesta a la que se mantiene en la Casa Blanca.

Ahora bien; hablar de «centrismo» como de una posición que «refuerza la posición de los partidarios de una paz vigilada y armada — así escribe ABC — a costa de los impacientes, los optimistas incorregibles y los adversarios de un Locarno razonable», nos parece, por lo menos, harto ilusorio.

También Mendés-France es posiblemente partidario de una paz en Indochina que incluya una «rendición con condiciones» y un Locarno del sudeste asiático, y sin embargo, ¿quién creará que semejante política puede conducirnos a la verdadera paz?

¿Estará el supuesto «centrismo» de Washington en la línea del apaciguamiento?

SHEHAR YASHUB

LIBROS RECIBIDOS

En esta sección se reseñan las obras, de las que en nuestra Redacción se reciben dos ejemplares, sin comprometerlos, no obstante, a publicar recensión bibliográfica alguna, por falta de espacio, a no ser en los casos en que la obra se adapte de un modo especial a la índole de nuestra Revista.

Editorial «Herder». - Barcelona

UNA VICTIMA DEL SECRETO DE LA CONFESION. Novela fundada en un hecho verídico, por el R. P. J. Spillmann. 12.ª edición. 1953.

MARIA DE MAGDALA. Novela legendaria de los tiempos de Jesucristo, por la Baronesa Ana de Krane. 4.ª edición. 1953.

VADEMECUM DEL CANTOR GREGORIANO, por el R. P. Carraz, del Conservatorio de Ginebra, adaptación de M. Altisent, Sch. P. 1954.

Editorial «Difusión». - Buenos Aires

ES LA HORA DE LOS SANTOS, por María Winowska, traducción de J. Mazzanti. De la colección «Grandes Ejemplos», número 81. (Vidas del Bto. Vicente Pallotti, San Vicente María Strombi, Bta. Teresa Couderc, María Ignacia Melin, San Pío X, Santa Juana de Francia y Santa María Goretti).

LA FILOSOFIA ANTIGUA, por Luis Bogliolo, traducción de G. Feyles. 1953.

LA FILOSOFIA MODERNA, por Gastón Sortais, trad. de Isabelino Fernández. Tomo I, desde Bacon hasta Leibnitz. 1953.

Editorial «Sígueme». - Salamanca

LUZ DEL MUNDO. Meditaciones sacerdotales, por J. Gómez, Pbro. 1954.

LA INMACULADA EN LOS DOCUMENTOS PONTIFICIOS. Bula «Ineffabilis Deus», de Pío IX; Encíclicas «Ad Diem Illum», de Pío X, y «Fulgens Corona», de Pío XII, y Radiomensaje «Pulchra ut Luna», de Pío XII, seguidas de la Oración para el Año Mariano y de las Indulgencias para el mismo. Año 1954.

EXHORTACION APOSTOLICA «MENTI NOSTRAE», de S. S. Pío XII, sobre la santidad de la vida sacerdotal. 3.ª edición. 1954.

Ediciones «Cruzada del Rosario». - Barcelona

MANUAL DEL ROSARIO, por el P. R. Fernández Alvarez, O. P. 3.ª edición, 1953.

EL ROSARIO DE LOS NIÑOS y EL ROSARIO MEDITADO, por Religiosos de la Orden de Predicadores. 1953.

Templo Nacional Expiatorio. - Barcelona, Tibidabo

EL TRIUNFO DE LA MISERICORDIA. El Sagrado Corazón de Jesús en el Evangelio y en la Historia, por A. M. J. Lhermitte, S. D. B., trad. de la 3.ª edición francesa de M. Cardelle, S. D. B. 1953.

Ediciones «Anaque». - Madrid

CRISTO Y EL ALMA ORIENTAL, por el R. P. Alejandro Gallego, O. P. 1954.

HOMBRE, MUJER... AMOR. Conferencias del R. P. F. Muñoz Hidalgo, O. P. 1954.

Ayuntamiento de Barcelona. - Barcelona

SAN ANTONIO MARIA CLARET, por Mons. Antonio Griera, compuesta para ser leída en el acto de la incorporación de su retrato a la «Galería de Catalanes Ilustres», el día 21 de mayo de 1954.

Editorial Desclée de Brouwer. - Paris

LA NUIT PASCALE, por Charles Becker, con una introducción del R. P. J. A. Lavand, O. P. 1953.

JE CROIS EN DIEU, por J. Pieper y H. Raskop, de la Colección «Présence Chrétienne». 1953.

LA VIE DU PETIT SAINT PLACIDE, por Genevieve Gallois, O. S. B. 1953.

LA VIERGE MARIE DANS NOSTRE VIE D'HOMMES, por el R. P. Paul Doncoeur, S. J. 1953.

LE MYSTERE DE MARIE. Les origines et les grands actes de la Maternité de grace de la Sainte Vierge, por P. R. Bernard, O. P. 4.ª edición. 1954.

LE CHRETIEN ET L'ANGOISSE. De la colección «Présence Chrétienne», por H. Urs Von Balthasar, trad. del alemán de Claire Champollion. 1954.

SAINTETE AUJOURD'HUI. De la colección «Présence et Nostalgie», por Pierre Blanchard. Etudes Carmélitaines. 1954.

Tanda de ejercicios para Sacerdotes

en la Nueva Casa «Cristo Rey»
Pozuelo de Alarcón (12 Kms. de Madrid)

Informes: Santa Clara, 4, 2.º - Teléfono 22 66 07
M A D R I D

30 días, del sábado 31 de julio (tarde) al 31 de agosto (mañana).

6 días, del domingo 5 de septiembre, a las 8 de la tarde, al sábado 11, a las 3 de la tarde.

6 días, del miércoles 22 de septiembre, a las 8 de la tarde, al miércoles 29 (mañana).



En su viaje Mallorca
visite las

Cuevas de Artá

UNA MARAVILLA ENTRE MARAVILLAS

Católico:

¿procuras leer en familia

la oración que el Papa ha compuesto para el Año Mariano?

Hazlo desde hoy en obsequio a María



Marca Registrada

EDUARDO PUIG REFLECTORES

Primera y única fábrica nacional
especializada en esta industria

ILUMINACION

Industrial - Comercial - Espectacular

Avda. José Antonio, 431

Teléfono 23 41 28

BARCELONA

P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E



P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E

Restaurante L'Ast

Montaña de Montjuich

Anuncie Vd.

en CRISTIANDAD

JERONIMO DAL-GAL, O. F. M. Conv.

SAN PIO X

CON UNA CARTA-INTRODUCCION DEL EXCMO. Y RVDMO. DOCTOR
D. GREGORIO MODREGO CASAUS
ARZOBISPO-OBISPO DE BARCELONA

La biografía escrita sobre la documentación oficial de la Causa de Canonización
por un íntimo colaborador del Santo

APARECIDA SIMULTANEAMENTE EN ROMA Y BARCELONA

Es una publicación de

CRISTIANDAD

Pídala en las librerías o a nuestra Administración